

SERVICIO
SECRETO

SS

¡DOCTOR, QUERIDO DOCTOR!

Joseph Berna



SOLD MAYORES
DE 18 AÑOS

SS

SERVICIO SECRETO



JOSEPH BERNA

¡DOCTOR, QUERIDO DOCTOR!

SERVICIO SECRETO n.º 1533

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 33.666 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain.

1ª edición: diciembre, 1979

© Joseph Berna - 1979

texto

© M. García - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Roger Keaton sacó su coche de la carretera y lo detuvo entre los árboles.

Después de parar el motor y apagar las luces, miró a Sheila Glennon, la joven que iba a su lado.

Veintiún años de edad, pelo rubio, largo y liso, ojos azules, soñadores y profundos, boca tentadora, siempre húmeda y brillante...

Roger, cinco años mayor que Sheila, moreno, atlético, apuesto, rodeó con su brazo los desnudos hombros de la muchacha y besó sus incitantes, labios.

Sheila Glennon no sólo se dejó besar, complacida, sino que se apresuró a colaborar en la caricia.

Roger Keaton, animado, deslizó su mano izquierda por la abertura frontal del blanco vestido femenino, acariciando los esbeltos muslos, de piel tersa, suave, cálida...

Sheila no protestó, aunque apretó las rodillas, dando claramente a entender que no deseaba que la mano masculina llegara hasta su intimidad.

Roger, que no dejaba de besar a la joven, no hizo nada por separar las piernas de Sheila, pues de antemano sabía que ella no lo permitiría, pero como tampoco era cosa de renunciar a las primeras de cambio, sacó la mano de allí y buscó los senos femeninos, breves, pero duros y erectos.

Alcanzó el derecho y lo oprimió suavemente, por encima del vestido, a través del cual percibió nítidamente la tibieza de aquella protuberancia joven y firme, totalmente libre bajo el ligero tejido.

Como Sheila Glennon no puso objeciones, Roger Keaton trató de soltar el cordoncito que cerraba el escote del vestido, para dejar al

descubierto los pechos femeninos y poder acariciarlos.

Se quedó con las ganas, porque Sheila le sujetó la mano e impidió sus propósitos.

Roger, contrariado, separó su boca de la de ella y gruñó:

—¿Es que nunca me vas a dejar?

Sheila le sonrió encantadoramente.

—Te permito que me beses, que me abrases, que me acaricies las piernas, incluso que cierres tus manos sobre mis senos... ¿Qué más quieres?

—Lo sabes muy bien.

—Todo llegará, Roger.

—Eso lo vienes diciendo desde que nos conocimos, pero nunca llega.

—Ten paciencia, hombre —rogó la joven, acariciándole dulcemente el rostro.

—Somos novios, ¿no?

—Sí.

—Pues, los novios...

—Algunos novios.

—La mayoría.

Sheila Glennon no dijo nada.

Roger Keaton la tomó por los hombros, con suavidad.

—Yo te quiero, Sheila.

—Lo sé.

—¿Me quieres tú a mí?

—Creo que sí.

—¿No estás segura?

—Si he de ser sincera, no.

—Lo que me faltaba oír —rezongó Roger, soltándola.

Sheila puso su mano en la nuca de él, cariñosamente.

—No te enfades, Roger.

—¿Cómo no voy a enfadarme, después de lo que has dicho?

—Me gustas, Roger, Más que ningún otro chico de los que he conocido hasta ahora. Por eso te respondí que sí cuando me propusiste que fuéramos novios. Pero quiero estar absolutamente segura de que te amo, antes de entregarme a ti. No he sido de ningún hombre, y me gustaría ofrecer mi virginidad al hombre que luego sea mi marido, el padre de mis hijos.

Roger la miró.

—Yo deseo casarme contigo, Sheila.

—Sí, lo sé.

—¿Temes que sea por tu dinero?

—No, no creo que sea por eso.

—Te juro que no lo es. Cuando te conocí, no sabía que eras la hija de Stanley Glennon, uno de los hombres más ricos de Sacramento. Luego, al enterarme, quedé muy preocupado. Me había enamorado ya de ti, y temí que rechazaras mi proposición de noviazgo, porque yo disto mucho de ser rico.

—Ya viste que no. Para mí el dinero no significa nada, Roger. Si llego a quererte de verdad, y es muy probable que así ocurra, me casaré contigo.

—¿Qué tengo que hacer para que me quieras así?

—Nada; sólo esperar.

—Di más bien desesperar.

—¿Tanto deseas hacerme tuya?

—Sueño con ese maravilloso momento cada noche.

—Por si te sirve de consuelo, te diré que también yo, Roger — confesó la joven.

—Sheila... —musitó él.

—Bésame, Roger —pidió ella, entreabriendo los labios.

Roger Keaton la besó y la estrechó con fuerza contra su pecho.

En esta ocasión, su mano no buscó los senos ni la intimidad de Sheila Glennon, dando a entender que estaba dispuesto a contenerse hasta que ella decidiera que había llegado el momento de entregarse en cuerpo y alma a él.

El beso fue largo y apasionado.

Por eso ninguno de los dos descubrió a los tres individuos que, no lejos de allí, acababan de descender de un «Chevrolet» negro, el rostro cubierto con sendas medias y armados los tres con pistolas automáticas.

Los tipos, altos y corpulentos, ya corrían hacia el coche de Roger Keaton, un «Ford» descapotable, de color azul.

Cuando Roger y Sheila oyeron sus pasos, ya los tenían prácticamente encima.

—¡Roger! —gritó la muchacha, aterrorizada.

Roger Keaton no pronunció palabra.

Se limitó a contemplar a los individuos, cuyas facciones quedaban desfiguradas por las medias que con esa intención se habían colocado.

Los sujetos ya habían rodeado el coche y los apuntaban a los dos con sus armas.

—Abajo, palomita —ordenó uno de los tipos.

—¡No! —chilló Sheila Glennon, agarrándose desesperadamente a Roger Keaton.

—¿Prefieres que te saquemos nosotros?

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Roger, apretando contra sí a la aterrada joven.

—Vamos a llevarnos a la chica —respondió el individuo que llevaba la voz cantante.

—¿Para qué?

—Para sacarle un millón de dólares a su padre, el millonario Stanley Glennon. Tú le llevarás el recado, muchacho. Dile que no avise a la policía, si quiere volver a ver a su hija. Y que vaya preparando el dinero. Ya le diremos nosotros cuándo y dónde nos lo tiene que entregar.

—¿Cómo sé que no le harán ningún daño a Sheila?

—Te doy mi palabra de que no la tocaremos. Sólo nos interesa el dinero de su padre, no el cuerpo de la chica, aunque debo reconocer que no tiene desperdicio —el tipo dio un repaso a la atractiva figura de la muchacha.

Roger Keaton acarició el suave cabello de Sheila Glennon.

—Tienes que ir con ellos, Sheila.

—¡No!

—Sheila...

—Sacadla, muchachos —ordenó el individuo que dialogara con Roger.

Sus dos compañeros agarraron a la muchacha y la sacaron del coche, sin excesivos miramientos.

—¡Roger, no permitas que me lleven! —chilló Sheila, debatiéndose furiosamente.

—¡Dejadla, le estáis haciendo daño! —gritó Roger, haciendo ademán de saltar del coche.

—¡Quieto, muchacho! —ordenó el cabecilla del grupo de secuestradores.

Roger Keaton no hizo caso y se lanzó sobre los tipos que sujetaban a Sheila Glennon, rugiendo:

—¡Soltadla, malditos!

Cayeron los cuatro al suelo.

Roger propinó un puñetazo en la mandíbula a uno de los individuos, y luego trató de hacer lo propio con el otro sujeto, pero fue éste quien le golpeó a él, tirándolo de espaldas.

El tipo se le echó encima como una fiera, pero Roger lo recibió con las piernas encogidas y un segundo después lo catapultó, enviándolo lejos.

Roger Keaton se irguió de un salto, para hacer frente al otro secuestrador, que ya parecía recuperado del golpe recibido en la mandíbula.

—¡Cuidado, Roger! —gritó Sheila Glennon, que seguía en el suelo, contemplando la pelea con los ojos muy abiertos.

Roger Keaton se revolvió velozmente, pero ya era tarde para impedir que el jefe del grupo le atizara en la cabeza con el cañón de su pistola.

El joven lanzó un gemido y se desplomó, quedando inmóvil en el suelo.

—¡Roger! —chilló Sheila, gateando hacia él.

—¡Cogedla, estúpidos! —Ladró el tipo que acababa de dejar sin sentido a Roger.

La pareja de sujetos cayó sobre la muchacha.

Sheila Glennon se defendió con uñas y dientes, pero la fortaleza de los individuos era mucha, y no pudo impedir que la llevaran hasta el «Chevrolet» negro y la metieran en él de un empellón, en la parte de atrás.

Los tipos entraron después, uno por cada lado, y la sujetaron de nuevo, mientras el fulano que daba las órdenes se sentaba al volante y encendía el motor.

El «Chevrolet» se puso en marcha inmediatamente.

El jefe del grupo indicó:

—¡Amordazadla y ponedle la capucha!

Sheila Glennon, que seguía luchando bravamente con los tipos, aunque no le sirviera de mucho, logró apoderarse de la pistola de uno de ellos, el que tenía a su derecha.

El sujeto escupió una maldición, y se apresuró a recuperar su

arma.

En el forcejeo, la pistola se disparó.

El tipo lanzó un aullido, cuando la bala se incrustó en su hombro izquierdo, y soltó el brazo de la muchacha.

El otro sujeto no se anduvo con contemplaciones, después de lo ocurrido, y de un seco puñetazo en el mentón durmió a Sheila Glennon, que cayó sobre el asiento, perdiendo la pistola que arrebatara al tipo que ahora tenía una bala alojada en el hombro.

—¡Perry está herido, Rand! —exclamó el individuo que acababa de dejar inconsciente a la secuestrada.

El cabecilla del grupo se puso a maldecir a viva voz.

—¡Sois un par de idiotas, Chad! ¡Ahora no tendremos más remedio que recurrir a un médico, para que atienda a Perry, y eso puede crearnos problemas!

Perry, que aullaba y sollozaba de dolor, suplicó:

—¡Que sea pronto, Rand, por favor! ¡El dolor que siento en el hombro es terrible, debo tenerlo destrozado!

—¡Te aguantas! ¡Si no hubieras sido tan torpe, la muchacha no te habría arrebatado la pistola! —replicó Rand.

—¡No puedo resistirlo, voy a desmayarme! —advirtió Perry.

Y se desmayó, cayendo sobre Sheila Glennon.

CAPÍTULO II

El doctor Lawford aplicó su fonendoscopio sobre la desnuda espalda de su paciente.

—Tosa, Monty —indicó.

Monty Crain, setenta y seis años de edad, sólo 1,53 de estatura, con zapatos y todo, y cuarenta y cinco kilos escasos, cuando se pesaba con abrigo y bufanda, preguntó con su voz de trompeta con sordina:

—¿Le da lo mismo que estornude, doctor?

—¿Le resulta más cómodo?

—No, es que tengo ganas.

—Pues no se contenga, hombre —sonrió el médico.

El viejo Monty soltó el estornudo, muy fuerte, y se bajó de golpe de la mesa de exploraciones en la que se hallaba sentado, vestido sólo de cintura para abajo.

—¿Adónde va? —preguntó el doctor Lawford.

El anciano rezongó algo que sonó como una imprecación.

—No voy a ningún sitio, me he caído de la mesa.

—¿Del estornudo...?

—Claro —gruñó Monty Crain, y se volvió a subir a la mesa.

Donald Lawford, un médico joven, de facciones agradables, hombros separados, y abundante pelo negro, no pudo contener la risa.

—Está usted demasiado delgado, Monty.

—Los gordos se mueren antes —replicó el viejo.

—Usted también se morirá, si no come más.

—Como bien, lo que pasa es que tengo mucho desgaste.

—¿Cómo va a tener desgaste, si ya está jubilado?

Monty Crain sonrió astutamente.

—No de todo, doctor, no de todo.

—Oh, vamos, no me diga usted que todavía...

—Todavía, todavía. Y con una frecuencia que le asombraría, doctor.

Donald Lawford rió.

—Me está tomando el pelo, Monty.

—Nada de tomaduras de pelo. Y si fuese usted mujer, se lo demostraba enseguida.

—Vamos, déjese de bobadas y tosa de una vez.

El anciano tosió, pero levemente.

—Más fuerte, Monty.

—¿Por qué, no vale así?

—No, así no oigo nada.

—Usted lo que quiere es que me caiga de la mesa otra vez.

—Agárrese a ella.

El viejo Monty se agarró a la mesa de exploraciones y tosió con más fuerza, haciendo temblar su huesuda caja torácica.

—¿Ha oído algo ahora? —preguntó, tras las forzadas convulsiones.

—Sí, ahora sí —asintió el doctor Lawford.

—¿Qué ha oído?

—Algo así como una orquesta afinando sus instrumentos.

—Sé que quiere asustarme para que deje de fumar, pero pierde el tiempo. A mí me enterrarán con un puro en la boca.

—Siga quemando tabaco, y muy pronto verá satisfecho su deseo.

—¿Qué deseo?

—El de que lo entierren con un puro en la boca.

—No sea gafe, demonio.

—Tiene los pulmones hechos un asco, Monty.

—¿Y no se pueden lavar con algo?

—No haga chistes.

—Disculpe.

—Diga treinta y tres.

—Sesenta y nueve.

—No suena igual.

—Pero es más erótico. ¡Ji, ji, ji!

—Es usted un viejo verde, Monty.

—Eso mismo dijo Betty, la hija de mí portera, cuando le

pellizqué el trasero. Pero a ella, en el fondo, le complació, porque sólo tiene dieciocho años, y a esa edad, ¿qué mujer no desea ser pellizcada por un hombre?

—Algún día le obligarán a escupir la dentadura postiza, de una bofetada.

—Se equivoca, doctor. A las mujeres les va la marcha.

—Usted oirá pronto la fúnebre, como siga creyéndose un «play-boy».

—Ya salió otra vez el gafe.

—Ande, puede vestirse.

—¿Acabó ya conmigo?

—Con usted acabará el tabaco. Y las mujeres, si es verdad que sigue disfrutando de ellas.

—¡Que si es verdad, dice! —rió el viejo—. Soy un fenómeno en ese aspecto, doctor, créame. Si seré fenómeno que, cuando muera, mi esquila no se publicará en los periódicos, sino en las revistas «Play-boy» y «Penthouse», ya he hablado con sus respectivos directores.

El doctor Lawford, sin poder contener la risa, se sentó en su sillón, al otro lado de la mesa escritorio, y empezó a rellenar una receta.

—¿Qué me va a dar, doctor?

—Unas inyecciones y unas píldoras.

—Tache las inyecciones, no pienso ponérmelas.

—¿Por qué?

—Tengo el trasero demasiado descarnado, y temo que me salga la aguja por el vientre.

—No digas tonterías.

—Mi portera no tiene ese problema, ¿ve? ¡Menudo pandero se gasta! Aunque le arrojasen la aguja desde diez metros de distancia, a modo de dardo, daría en el blanco, seguro. Y nunca mejor dicho lo de blanco, porque como ahí nunca da el sol...

—Es usted incorregible, Monty —volvió a reír Donald Lawford, y le entregó la receta.

—¿Qué le debo, doctor?

—Diez dólares.

—La última vez me cobró solo cinco...

—Porque no sabía que andaba usted por ahí, gastándose el

dinero de su pensión en mujeres.

Monty Crain se mordió el labio inferior.

—¿Y si no fuera cierto lo de las mujeres...?

—¿Lo es o no lo es?

El anciano bajó la cabeza.

—Qué más quisiera yo. Desde hace ya bastante tiempo, sólo me sirve para vaciar la vejiga.

—¿No me engaña?

—Le doy mi palabra, doctor.

—Está bien, deme sólo cinco dólares —sonrió Donald Lawford.

Monty Crain se apresuró a entregárselos.

—Gracias, doctor Lawford. No sólo es usted un buen médico, sino también una excelente persona.

—Cuando acabe las inyecciones y las píldoras, vuelva por aquí, Monty.

—Si todavía vivo... —bromeó el anciano.

—Eso.

Médico y paciente rieron.

—Buenas tardes, doctor Lawford —se despidió el viejo.

—Cúidese, Monty —rogó Lawford.

—Se lo prometo.

Monty Crain abandonó el despacho médico.

Un par de minutos después, entraba en él Evelyn Burnett, la enfermera de Donald Lawford, una joven de veintidós años, pelo castaño, corto, de rostro agraciado y figura nada despreciable.

—¿No le dijo al viejo Monty que dejara de fumar, doctor Lawford...?

—Claro que se lo dije.

—Pues maldito el caso que le ha hecho.

—¿Encendió un cigarrillo antes de abandonar el consultorio?

—¿Cigarrillo...? ¡Un puro tan largo como el mástil de una embarcación!

Donald Lawford sonrió.

—Con ese viejo no hay quien pueda.

—El tabaco sí podrá, doctor.

—Se lo advertí a Monty, pero ya vio el caso que me hizo.

—Pues no sabe lo peor.

—¿Hizo algo más?

—Me pellizcó.

—¿En la grupa?

—¿Cómo lo adivinó?

Donald Lawford rió.

—Ese viejo es terrible.

—Me entraron unas ganas de darle una bofetada...

—¿Por qué no lo hizo?

—No se debe pegar a un anciano, por muy atrevido que sea. Además, el viejo Monty me cae simpático. Pero no se lo diga a él, ¿eh? A saber lo que me pellizcaría la próxima vez.

—Descuide.

—¿Cómo lo encontró, doctor?

—¿De salud?

—Sí.

—Mejor de lo que le dije a él.

—Trató de asustarle, ¿eh?

—Sí, pero no sirvió de nada. Monty dice que le enterrarán con un puro en la boca, y me temo que al final lo conseguirá.

Evelyn Burnett se masajeó la nalga zurda.

—Pellizca fuerte, el muy bribón. Seguro que me ha dejado señal.

—No se preocupe, le desaparecerá en dos o tres días.

—Como mi novio la descubra, tendré problemas, porque pensará que fue usted quien me pellizcó.

Donald Lawford respingó.

—¿Yo...?

—Sí.

—Evelyn, yo jamás me atrevería a... —carraspeó el médico.

—Ya sé que no, pero mi novio es muy celoso. Le molesta hasta que me miren por la calle. En cierta ocasión se lió a golpes con un repartidor de leche, porque me piropeó.

—Eso demuestra que la quiere mucho.

La enfermera sonrió.

—Sí, es verdad. Está muy enamorado de mí. Y yo de él.

—¿Piensan casarse pronto?

—Ese punto nunca quiere tocarlo, el muy granuja —rezongó la joven—. Acostarse conmigo, sí, pero llevarme ante un juez de paz... Cualquiera día me hartó y le lanzó un ultimátum: o se casa conmigo, o que le haga el amor a su tía.

Donald Lawford rió.

—Se casarán ustedes, estoy seguro.

—¿Y usted qué?

—¿Cómo?

—Que cuándo piensa casarse usted, doctor. Tiene ya veintinueve años.

—¿Le parecen muchos?

—Para seguir soltero, sí.

—Me siento muy bien así, Evelyn.

—Es usted tan granuja como mi novio.

—Hay una pequeña diferencia: él tiene novia y yo no.

—Pero habrá alguna mujer que le quiera, ¿no?

—Que yo sepa, ninguna.

—No puedo creerlo. Un tipo como usted, alto, fuerte, inteligente, atractivo...

Donald Lawford tosió.

—Evelyn, por favor. Me abruma usted.

—Todo lo que he dicho es verdad, y usted lo sabe.

—¿Queda algún paciente más, Evelyn?

—¿Cree que si quedara alguno, usted y yo estaríamos de charla?

—No, supongo que no.

—Lo ha preguntado usted para cambiar de conversación porque se sentía incómodo. Pero no se preocupe, no insistiré. Si desea seguir soltero, es muy dueño. Hasta mañana, doctor.

—Hasta mañana, Evelyn.

La enfermera salió del despacho médico.

Donald Lawford tenía trabajo, y decidió quedarse un rato más.

Unos diez minutos después, la puerta del despacho se abrió y dos hombres, altos y fornidos, penetraban en él, armados con pistolas automáticas.

—¿Doctor Lawford? —preguntó el de la derecha.

—¿Qué significa esto?

—¿Es usted el doctor Lawford? —insistió el tipo.

—Sí, soy el doctor Lawford —asintió el médico—. Pero...

—No pierda el tiempo con peros y prepare su instrumental médico, doctor Lawford. Un amigo nuestro tiene alojada una bala en el hombro, y le vamos a llevar con él para que se la extraiga.

—¿Y si me niego...?

—Le meteré un par de plomos en la cabeza y buscaremos otro médico que no sea tan tonto —respondió sin dudar el individuo.

Donald Lawford comprendió que no podía negarse, y aunque no le gustaba nada tener que acompañar a los tipos, porque aquellas cosas casi siempre acababan mal, respondió:

—De acuerdo, iré con ustedes.

CAPÍTULO III

El «Chevrolet» negro, después de media hora larga de marcha, se detuvo.

Donald Lawford había realizado el trayecto en el asiento trasero, con las manos fuertemente atadas a la espalda y una capucha de tosco tejido cubriéndole la cabeza, por lo que no tenía ni idea de dónde se encontraba.

—Salga, doctor —oyó decir al tipo que iba a su lado, el compañero del sujeto que le amenazara con incrustarle un par de balas en la cabeza si se negaba a acompañarles.

—¿No me quitan la capucha? —preguntó Lawford.

—Cuando estemos dentro de la casa.

—Suéltенme las manos, al menos.

—Todavía no.

—¿Temen que me escape?

—No podría, pero queremos evitar que lo intente. Vamos, abajo.

Donald Lawford salió del coche.

Se dejó coger del brazo y guiar hasta la casa, donde fue introducido. La capucha le fue quitada, y Donald Lawford pudo saber que la casa era de madera y estaba bastante deteriorada.

Parecía una vieja granja, abandonada hacía tiempo por sus dueños.

No debía tener luz eléctrica, a juzgar por la lámpara de petróleo que iluminaba la estancia.

Uno de los tipos, el que portaba el maletín que contenía el instrumental médico, abrió una puerta e indicó:

—Entre, doctor Lawford.

Donald Lawford obedeció.

En la habitación, no demasiado espaciosa e iluminada también

por una lámpara de petróleo, había una vieja cama de hierro, y tendido en ella, un individuo con el hombro izquierdo lleno de sangre y la cara pálida y contraída de dolor.

Era Perry, el tipo que hiriera Sheila Glennon, la hija del millonario. Esgrimía una pistola en la diestra, e instintivamente apuntó con ella a Donald Lawford.

—¿Por qué habéis tardado tanto, Ra...?

—No menciones nombres, estúpido —le interrumpió Rand, el jefe del grupo de secuestradores, que era quien portaba el maletín del médico.

Perry bajó el arma, porque apenas le quedaban fuerzas para sostenerla.

—He perdido mucha sangre, me siento cada vez más débil... —murmuró.

—El doctor Lawford te atenderá enseguida.

—Si no me desatan las manos... —repuso Donald.

Rand hizo una seña a Chad, y éste soltó las manos del médico.

—Ya las tiene libres, doctor —dijo Rand.

Donald Lawford se frotó las muñecas, enrojecidas por la fuerte presión de la cuerda.

—Pongan agua a hervir, mientras examino la herida —indicó.

Rand miró a Chad.

—Ya lo has oído.

Chad vaciló.

—¿Vas a quedarte tú solo con él?

—Me sobro y me basto para tenerlo a raya. Si intenta algo, lo mando al infierno de un balazo.

—Si lo matas, ¿quién me saca la bala a mí? —observó Perry, cada vez más blanco.

—Buena pregunta, sí, señor —sonrió Donald Lawford.

—Vamos, haz lo que te he dicho —gruñó Rand.

Chad salió de la habitación.

El doctor Lawford, siempre encañonado por Rand, que se mantenía prudentemente alejado de él, para evitar posibles sorpresas, se acercó a Perry y le dejó el hombro al descubierto.

—Hum, esto no me gusta nada —murmuró, después de examinar la herida.

—Menos me gusta a mí —rezongó Perry.

—Ya lo supongo.

—Podrá extraer la bala, ¿verdad?

—No va a ser fácil, pero lo intentaré.

—¿Me quedará bien el brazo?

—Cuando vea los destrozos causados por la bala se lo diré.

—Deben ser importantes, porque me duele terriblemente.

Donald Lawford tomó su maletín, que Rand había dejado sobre la cama, y lo abrió.

Preparó una inyección.

—¿Qué es eso? —preguntó Rand.

—Anestesia.

—¿Cuánto tiempo lo mantendrá dormido?

—Cuatro o cinco horas.

—Muy bien, póngasela —autorizó Rand.

Donald Lawford pinchó el brazo derecho del herido y le inyectó la anestesia.

Cuando Chad llegó con el agua hervida, Perry ya se hallaba profundamente dormido.

El doctor Lawford dispuso su instrumental y empezó a trabajar en el hombro de Perry.

Le llevó casi una hora extraer la bala, porque se hallaba alojada en un sitio muy difícil, pero al fin lo consiguió.

—Buen trabajo, doctor —comentó Rand, satisfecho de la habilidad y el cuidado con que el médico había llevado a cabo la complicada operación.

—Gracias —repuso Lawford.

—No quedará inútil de ese brazo, ¿verdad?

—No, lo moverá con toda normalidad.

—Menos mal.

Donald Lawford lavó cuidadosamente la herida, la cubrió con un desinfectante, colocó gasa encima, y luego vendó el hombro.

—Misión cumplida —dijo, cerrando su maletín—. Supongo que ahora me devolverán a mí consultorio, ¿no?

Rand movió la cabeza en sentido negativo.

—Supone mal, doctor.

—Ya realicé mi trabajo.

—Sólo una parte de su trabajo.

—¿Qué más quieren que haga?

—Se quedará con nosotros hasta que el brazo de nuestro compañero esté totalmente curado.

—No puedo.

—¿De veras? —sonrió Rand, con ironía.

—Tengo otros pacientes que atender.

—Llamarán a otro médico, no se preocupe.

—Hagamos un trato, amigos. Ustedes me llevan a mí consultorio ahora, y mañana por la mañana, a eso de las once, vienen por mí y me traen de nuevo aquí. Cambiaré el vendaje a su compañero y veré cómo evoluciona la herida. Luego, me devuelven a mí consultorio. Podemos hacer eso todas las veces que sea necesario.

Rand apretó las mandíbulas.

—Míreme bien, doctor.

—Le estoy mirando.

—Ahora, mire a mí compañero.

Donald Lawford desvió los ojos hacia Chad y lo contempló.

—¿Tenemos cara de idiotas? —preguntó Rand.

—Por supuesto que no —respondió el médico.

—¿Cómo diablos entonces se atrevió a hacernos semejante proposición?

Lawford carraspeó ligeramente.

—Bueno, yo...

—Usted avisaría a la policía esta misma noche, y mañana, cuando nos presentásemos en su consultorio, nos atraparían como corderitos.

—No diré nada a la policía, les doy mi palabra.

—¿Espera que le creamos?

—Jamás he faltado a mi palabra.

—Mejor que no tenga ocasión. Átale de nuevo las manos —indicó Rand a Chad.

Éste tomó la cuerda y se acercó al médico.

—Escúchenme, por favor —insistió Lawford.

—Cállese, doctor. Ya ha hablado demasiado —gruñó Rand.

Chad masculló:

—Deje el maletín sobre la cama, doctor, y ponga las manos en su espalda.

Donald Lawford titubeó.

Finalmente, dio un suspiro de resignación y pareció que iba a

obedecer.

Pero no.

Lo hizo para confiar a los tipos.

Súbitamente, se revolvió y golpeó en la cara a Chad, con su maletín.

El sujeto dio un grito de dolor y cayó al suelo, sangrando profusamente por la nariz.

—¡Quieto, estúpido! —rugió Rand—. ¡Quieto o lo coso a bala...!

No pudo acabar la frase, porque Donald Lawford le arrojó el maletín a la cara.

Si llega a ser más pequeño, se lo traga, porque le dio en toda la boca.

Rand aulló, porque ambos labios se le partieron a la vez, y también él se derrumbó.

El doctor Lawford salió disparado de la habitación, sin preocuparse de recuperar su maletín.

Alcanzó la puerta y salió de la casa.

Como él sospechara, se trataba de una vieja granja.

Vio el «Chevrolet» de los tipos.

Donald Lawford corrió hacia el automóvil y se introdujo en él.

De nada le sirvió.

Las llaves del motor no estaban.

Lawford lanzó una imprecación.

Se dispuso a salir del coche, pero en aquel momento vio surgir de la casa a Rand y Chad, los dos con la cara ensangrentada y los ojos llameantes de furia.

Interrumpió su acción.

Si salía del auto, le llenarían el cuerpo de plomo.

El coche estaba muy cerca de la casa.

No fallarían un solo disparo a tan escasa distancia.

Lo más sensato era entregarse.

Había fallado su intento de fuga.

Rand y Chad alcanzaron el coche.

El primero abrió la portezuela con brusquedad y ladró:

—¡Salga doctor! ¡Y con las manos sobre la cabeza!

Donald Lawford obedeció.

Pero no tuvo las manos sobre la cabeza mucho tiempo.

Se vio obligado a llevárselas al estómago, porque allí se hundió

el puño izquierdo de Rand.

Lawford se encogió, ahogando un grito.

Chad le golpeó en el pómulos y lo hizo caer al suelo.

Allí siguió el castigo.

Ahora, con los pies.

El aluvión de patadones dejó sin sentido al doctor Lawford, que quedó en el suelo, sangrando por la boca, por la nariz, por un pómulos...

Rand dejó de imitar a Pelé, pero Chad siguió disparando las piernas, y su compañero tuvo que sujetarle.

—Ya basta, Chad. Si lo matamos a golpes, no podrá atender a Perry.

—Bastardo... —barbotó Chad—. Me destrozó la nariz con su maletín.

—Y a mí los labios. Pero a él le dolerán muchas más cosas, cuando despierte.

—Seguro.

—Carguemos con él y encerrémoslo con la chica.

Rand y Chad cogieron al médico, el primero por los sobacos y el otro por las piernas, y lo entraron en la casa.

CAPÍTULO IV

El millonario Stanley Glennon, un hombre de mediana estatura, delgado, cabello gris, y cuarenta y siete años de edad, miró el reloj del salón.

—¿Seguro que Sheila cena esta noche en casa, Ann?

Ann Glennon, una mujer sumamente atractiva, pese a haber cumplido ya los cuarenta y dos años, asintió:

—Sí, seguro.

—Pues se está retrasando.

—Se habrán entretenido por ahí.

—¿Roger también cenará con nosotros?

—Sí.

—Qué alegría —rezongó el millonario.

Su mujer lo miró con algo de severidad.

—Por favor, Stanley.

—Lo siento, pero Roger Keaton no me cae simpático.

—¿Por qué?

—Sospecho que no quiere a Sheila, sino mi dinero.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No sabría explicártelo, pero lo pienso.

—A mí me parece un buen muchacho.

—¿De veras?

—A Sheila le gusta...

—Porque es guapo y tiene cuerpo de atleta.

—Sheila no es tonta, Stanley. Si aceptó el noviazgo que le propuso Roger, es porque ha visto otras cualidades en él, mucho más importantes que su físico.

—No sé, no sé —gruñó el millonario.

—Si es cierto que Roger desea casarse con Sheila porque es una

rica heredera, ella se dará cuenta y romperá sus relaciones con él.

—Me gustaría estar seguro de eso.

—Yo estoy tranquila, Stanley. Confío en Sheila, y sé que no se dejará engañar por ningún cazafortunas.

Stanley Glennon miró a su esposa.

Fijamente.

Estaba sentada en el sofá, mientras que él paseaba por el amplio salón, con un habano entre los dedos de la mano izquierda.

Como pasaban los segundos y su marido no decía nada, Ann Glennon preguntó:

—¿Por qué me miras así, Stanley?

—Eres maravillosa, Ann.

—¿Por lo que acabo de decir sobre Sheila?

—Por eso, y por muchas cosas más.

Ann le sonrió amorosamente.

—Ven, siéntate a mí lado.

Stanley Glennon dejó el cigarro en el cenicero que descansaba sobre la mesa de té, y se sentó junto a su mujer, cuyas manos tomó entre las suyas.

Ella le acercó el rostro y le besó en los labios, cálida y dulcemente.

—Tú también eres maravilloso, Stanley.

—No, yo no.

—Cuando me pediste que me casara contigo, ya eras un hombre rico, y yo era una chica de la clase media.

—Te quería, y sabía que tú también me querías.

—No era la única.

—Las demás solo buscaban mi fortuna.

—¿Y cómo supiste que yo no?

—Podía leerlo en tus ojos.

—Los ojos de algunas mujeres son engañosos.

—Los tuyos, no —repuso el millonario, y ahora fue él quien buscó los labios de su mujer, besándolos con pasión.

Stanley la abrazó, sintiendo contra su pecho los redondos y túrgidos senos de su esposa.

Algunos segundos después, el millonario introducía la mano por uno de los atrevidos cortes laterales del vestido que lucía Ann y acariciaba sus largas piernas, de piel sedosa, como si tuviese veinte

años, en vez de cuarenta y dos.

Ann Glennon interrumpió el beso y miró a su marido.

—Stanley...

—¿Qué?

—Puede entrar de pronto la doncella...

—¿Y qué?

—¿Te parece bien que te sorprenda con la mano perdida bajo mi vestido?

—Soy tu marido, ¿no?

—Sí, pero...

Stanley Glennon la besó de nuevo, y siguió acariciándole los muslos.

No les sorprendió la doncella, pero sí Roger Keaton, el novio de su hija.

Stanley Glennon y su mujer se separaron al instante.

—Roger... —musitó el millonario, al descubrir que el joven llegaba con el traje sucio de tierra y el cuello de la chaqueta manchado de sangre.

Roger Keaton caminó hacia ellos, con grave gesto.

—Traigo malas noticias, señor Glennon.

—¿Le ha ocurrido algo a Sheila? —interrogó el millonario.

—La han secuestrado.

—¡Oh, no! —gimió Ann, llevándose las manos al rostro.

—Traté de impedirlo, pero no pude. Eran tres hombres, y uno de ellos me golpeó con su pistola y perdí el sentido. Cuando lo recobré, ya se habían largado, llevándose a Sheila. Y piden un millón de dólares por su rescate —comunicó Roger Keaton.

Ann Glennon se derrumbó materialmente en el sofá, y rompió en sollozos.

—Dios mío, qué desgracia...

Stanley Glennon se sentó a su lado y la abrazó con ternura, acariciando sus dorados cabellos.

—Tranquilízate, Ann. No le pasará nada a Sheila, ya lo verás.

—Eso no podemos saberlo, Stanley. Es joven, bonita, bien formada, y está en manos de tres hombres sin escrúpulos, absolutamente indefensa.

—Los tipos me aseguraron que no tocarán a Sheila —informó Roger Keaton—. Sólo quieren el dinero. Y me advirtieron que no

avise usted a la policía, señor Glennon, porque si interviene, la matarán.

—No pensaba hacerlo, Roger. ¿Te dijeron cuándo y dónde debo entregar el millón de dólares?

—No, llamarán por teléfono y le darán instrucciones.

—Cuéntame cómo sucedió.

Roger le dio los detalles.

Al saber que Roger Keaton había puesto en juego su vida por impedir el rapto de Sheila, Stanley Glennon se sintió un poco avergonzado de lo que minutos antes opinara sobre él.

—Pudieron haberte matado, Roger.

—Lo sé, pero en aquel momento no lo pensé.

—Fuiste muy valiente, Roger —dijo Ann Glennon.

—Quiero a Sheila, y daría mi vida por ella, si fuera necesario.

Stanley Glennon se sintió más avergonzado, todavía.

—Habrá que atender la herida que tienes en la cabeza, Roger.

—No es grave, no se preocupe.

—Yo te curaré, Roger —se ofreció Ann, levantándose del sofá.

—Gracias, señora Glennon —le sonrió el joven.

—¿Quieres pasar la noche aquí, Roger? —sugirió Stanley—. Los secuestradores pueden llamar de un momento a otro y...

—Iba a pedírselo, señor Glennon. No podría dormir, sabiendo que Sheila...

—Quédate, Roger —sonrió levemente Ann, oprimiendo con cariño la mano del joven—. Nos consolaremos mutuamente.

—Gracias, señora Glennon.

CAPÍTULO V

Donald Lawford emitió un gemido.

Estaba volviendo en sí, y empezaban a dolerle cosas.

Bueno, hacía rato que le dolían, sólo que al hallarse inconsciente no había sentido nada.

Donald despegó lentamente los párpados.

Vio un bulto a su lado.

El bulto, poco a poco, fue cobrando forma.

Y qué forma...

Era una muchacha rubia, preciosa de verdad.

Estaba sentada en la cama de hierro sobre la que él se hallaba echado, boca abajo, y le miraba fijamente, con pena.

—¿Cómo se siente? —preguntó tímidamente la joven.

—¿Se cayó usted alguna vez de un quinto piso? —murmuró Donald.

—No.

—Yo tampoco, pero como si me hubiera caído. Me duele todo.

—Debieron de darle una paliza brutal.

Donald Lawford se fijó en el moretón que lucía la muchacha en la barbilla.

—Parece que a usted también le sacudieron, ¿eh?

—Sí, uno de los tipos me dio un puñetazo en el mentón, y me dejó sin sentido.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Sheila; Sheila Glennon. ¿Y usted?

—Donald Lawford.

—¿Por qué le golpearon?

—Traté de escapar, y casi lo logré. Conseguí llegar hasta el «Chevrolet» de los tipos, pero las llaves del motor no estaban, y me

cazaron de nuevo.

—¿También piensan pedir rescate por usted, Donald?

—No creo.

—¿Por qué sonríe?

—Me ha hecho gracia lo que ha dicho usted, Sheila.

—¿Lo del rescate?

—Sí.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Por mí nadie pagaría nada, procedo de una familia modesta.

—¿Por qué le secuestraron, entonces?

—Soy médico, y uno de los tipos tenía alojada una bala en el hombro. Por eso me trajeron aquí.

—¿Se la sacó usted?

—Sí.

—Y se lo agradecieron dándole una paliza...

—Porque traté de huir, ya se lo he explicado. Los tipos quieren que permanezca aquí hasta que el brazo de su compañero esté curado, y yo no podía resignarme a eso.

—Pues me temo que no va a tener más remedio, doctor Lawford.

—¿Por usted sí piensan pedir rescate los tipos, Sheila?

—Sí; un millón de dólares.

Donald Lawford lanzó un silbido.

Suave, porque le dolía la boca.

—¿Quién es el millonario, su padre o su marido?

—Mi padre. Soy soltera.

—Pero apuesto a que tiene novio.

—Sí.

—Claro. Una joven tan bonita como usted, y tan rica...

—Lo último no tiene nada que ver. Roger, que así se llama mi novio, desea casarse conmigo porque me quiere, no porque mi padre sea millonario.

—No lo dudo.

—Arriesgó su vida por mí, ¿sabe?

—¿De veras?

—Se arrojó valientemente sobre los tipos que me secuestraron, sin importarle que los tres fueran armados, y luchó con ellos.

—Un comportamiento realmente elogiable, aunque no sirviera de nada.

—Porque uno de los tipos le golpeó en la cabeza con su pistola, a traición... que si no... Roger es muy fuerte, y pega duro.

—¿Fue él quien hirió en el hombro a...?

—No, fui yo.

—¿Usted...?

—Bueno, en realidad fue un accidente. Logré arrebatarle su arma, y mi intención era amenazarles con ella, pero él se apresuró a recuperarla. En el forcejeo, la pistola se disparó, y la bala le alcanzó en el hombro. Fue entonces cuando me dieron el puñetazo.

—Ya.

—¿Se encuentra cómodo boca abajo, doctor Lawford?

—No.

—¿Y por qué no se da la vuelta?

—Si me muevo, veré las estrellas.

—Me gustaría ayudarle, pero yo también tengo las manos atadas a la espalda.

—Muéstremelas.

—¿Las manos?

—Sí.

—¿Para qué?

—Quiero comprobar la resistencia de sus ligaduras.

—Es mucha.

—Déjeme ver.

Sheila Glennon le dio la espalda.

Diez segundos después, Donald Lawford decía:

—No será fácil, pero creo que lo conseguiré.

—¿El qué? —preguntó la joven, volviéndose.

—Aflojarle la cuerda con los dientes.

—¿En serio?

—Tengo los dientes fuertes.

—¿Y cuándo yo tenga las manos libres...?

—Me suelta a mí y nos largamos.

—La puerta está cerrada con llave.

—Escaparemos por la ventana.

—Está clavada con tablas.

—Las desclavaremos.

—Los tipos nos oirán.

—Procuraremos no hacer ruido.

—¿De veras está usted en condiciones de intentar la huida, doctor Lawford?

—Me sigue doliendo todo, pero creo que podré andar.

—Eso no bastará, tendrá que correr.

—Pues correré, y si me caigo, me levantaré. Vamos, acérqueme las manos a la boca.

Sheila Glennon vaciló.

Donald Lawford frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, tiene miedo de intentar la huida?

—Si nos sorprenden, a usted le darán una nueva paliza, Donald, y puede que a mí me den otra.

—Es un riesgo que debemos correr, Sheila. No piense que se lo digo para asustarla, pero es posible que, cuando tengan el millón de dólares, los tipos acaben con usted. Y conmigo también, cuando el hombro de su compañero esté curado.

La joven se estremeció.

—Ellos dijeron a Roger que no me causarían ningún daño.

—Sí, todos los secuestradores dicen eso, pero muy pocos cumplen su palabra. Y hay otra cosa, Sheila. Usted es una mujer, joven y deseable. Puede que no la maten, pero...

—No lo diga, que se me eriza la piel.

—Repito que no trato de asustarla, Sheila, sino de hacerle ver la realidad. La huida entraña un riesgo, pero aquí, encerrados en esta habitación, también lo corremos. Especialmente, usted.

—Me ha convencido, doctor Lawford. ¿Cuándo quiere empezar a trabajar con sus dientes?

—Enseguida, no hay tiempo que perder. Acerque sus manos a mí boca.

Sheila Glennon lo hizo.

Donald Lawford empezó a morder la cuerda.

Algunos minutos después, las ligaduras empezaban a ceder.

Donald, cansado, se tomó un respiro.

Sheila lo miró por encima del hombro.

—Es agotador, ¿eh?

—Sí, es una tarea pesada. Pero mis esfuerzos no han sido en vano, porque la cuerda se ha aflojado ligeramente. ¿No lo nota usted, Sheila?

—Sí, la presión de la cuerda es menor.

—Soy un perro muy hábil —bromeó Donald.

—Cuando acabe le echaré un hueso —prometió Sheila, siguiendo la broma.

Rieron los dos quedamente.

—Hale, vamos a continuar —dijo Donald.

Sheila le acercó las manos de nuevo.

Cinco minutos más tarde, se oía cómo era introducida una llave en la cerradura de la puerta.

Sheila Glennon dio un respingo.

—¡Los tipos, Donald!

—No pierda la calma, Sheila. Yo voy a fingir que sigo inconsciente. Si veo que corre usted peligro, trataré de ayudarla. No sé cómo, pero lo intentaré. Confíe en mí.

Donald Lawford no pudo seguir hablando, porque la puerta acababa de abrirse, dando paso a uno de los secuestradores.

Era Rand, el cabecilla del grupo.

Donald lo reconoció, pese a que el tipo se cubría la cara con una media.

Esto último hizo pensar al médico que los secuestradores no tenían intención de asesinar a Sheila Glennon, una vez obtenido el millón de dólares de rescate, pues, de ser así, no tendría sentido ocultar sus rostros.

Ante él, sin embargo, se habían presentado con el rostro al descubierto.

Mal asunto.

Sin duda a él sí pensaban escabecharlo, cuando el tipo del hombro herido estuviese bien.

Mientras Donald Lawford pensaba todo esto, Rand cerró la puerta y se acercó a la cama, por el lado que ocupaba el médico.

El tipo agarró por el pelo a Donald y le levantó la cabeza.

El joven fingía tan bien hallarse inconsciente, que engañó a Rand, quien soltó su cabeza, rezongando:

—Sigue dormido, ¿eh?

—Con la paliza que le dieron, lo raro es que no esté muerto —replicó Sheila.

—Él se lo buscó.

—Son ustedes unos salvajes.

—Pues tú no eres precisamente un angelito, preciosa. Le

destrozaste el hombro a uno de mis compañeros.

—La pistola se disparó.

—Si no se la hubieras arrebatado, no se habría disparado.

Sheila se calló.

Rand rodeó la cama y se detuvo junto a la joven, a la cual contempló largamente, con un brillo en la mirada que no presagiaba nada bueno.

Sheila hubiera querido cerrarse la falda del vestido, por cuya abertura frontal asomaban sus muslos, pero nada pudo hacer, con las manos atadas a la espalda.

—¿Sabes lo que estoy pensando, monada? —dijo Rand.

—Algo sucio, seguro —masculló la joven.

Rand rió.

—¿A que no te parece sucio cuando lo haces con tu novio?

Sheila enrojeció, porque sabía a lo que se refería el tipo.

—Yo con mi novio no hago nada.

—¿Seguro?

—Si lo sabré yo.

—¿Es posible que todavía seas virgen...?

—Eso a usted no le importa.

—Sí, me parece que sí lo eres.

—¿Por qué no se larga, y me deja en paz?

—No, voy a quedarme un rato contigo, nena.

Sheila sintió que un profundo estremecimiento recorría su cuerpo, dejándolo frío, helado. Adivinaba lo que iba a suceder, y ella no podría hacer nada por impedirlo.

Miró a Donald Lawford.

Éste seguía fingiendo hallarse inconsciente.

Tampoco él podría hacer nada, atado y molido a golpes, como se encontraba.

De pronto, Sheila dio un chillido.

La mano de Rand había caído de golpe sobre sus muslos, y ya pugnaba por abrirse paso entre ellos, ansiosa de alcanzar la intimidad de la muchacha.

Había empezado el suplicio para la indefensa Sheila Glennon.

CAPÍTULO VI

Sheila Glennon gritó:

—¡No me toque, miserable!

Rand rió.

—Ya verás cómo te va a gustar, tonta.

—¡Saque su asquerosa mano de entre mis piernas, cerdo!

—Voy a hacer que te retuerzas de placer, y entonces me pedirás más.

—¡Dio usted su palabra a Roger de que no me tocarían!

—Sí, y el muy idiota se lo creyó —rió de nuevo el tipo.

—¡Déjeme, canalla!

—¿Prefieres que empiece por arriba?

—¡Lo que quiero es que se largue!

—De acuerdo, empezaré por arriba.

De un zarpazo, Rand destrozó el escote del blanco vestido femenino, dejando al descubierto los jóvenes y agresivos senos de la muchacha, que el tipo contempló con entusiasmo, sintiendo crecer su excitación.

—Qué pechos tan hermosos... —pronunció roncamente, y los aprisionó con sus manazas.

Sheila chilló y se debatió con desesperación.

Rand se subió la media hasta la nariz, para tener la boca libre — una boca que daba pena, a causa del golpe que el doctor Lawford le propinara con su maletín, cuando se lo arrojó a la cara—, y con ella buscó el cuello de la muchacha, sus hombros, sus pechos, cuyos suaves pezones mordisqueó, sin demasiada delicadeza.

Donald Lawford sentía que le quemaba la sangre en las venas.

Quería cortar los cobardes abusos del tipo, pero la situación era muy desfavorable para él. Sólo tenía libres las piernas, pero la

cabeza del canalla, el único sitio donde debía golpearle, para dejarlo inconsciente, quedaba fuera del alcance de sus pies.

Si Sheila se cayese de la cama...

En aquel preciso instante, ella le miró, pidiéndole angustiosamente ayuda con los ojos, aunque tuvo la suficiente entereza para no delatarle, llamándole por su nombre a gritos.

Donald, sin dejar que su voz saliera de su garganta, pero moviendo los labios claramente, para que la muchacha supiera lo que le decía, indicó:

—¡Al suelo! ¡Déjate caer al suelo, Sheila! ¡Tírate de la cama! ¡Sólo así podré ayudarte!

La joven le entendió perfectamente, pero no era fácil seguir las instrucciones del médico.

El tipo estaba echado sobre ella, prácticamente la tenía inmovilizada con su corpachón.

De pronto, Sheila tuvo una idea, y la llevó rápidamente a la práctica.

El hombro derecho del indeseable estaba en aquel momento al alcance de su boca, y Sheila se lo mordió con todas sus fuerzas.

Rand lanzó un aullido, porque iba en mangas de camisa, y bajo ésta no llevaba nada, por lo que los menudos pero afilados dientes de la muchacha pudieron clavarse dolorosamente en su carne, haciendo brotar la sangre.

El tipo levantó rápidamente su cara del seno derecho de la joven, que era el que besaba y mordisqueaba en aquel instante, y se irguió, el rostro arrugado de dolor.

Sheila aprovechó el momento para dejarse caer de la cama.

Se hizo un poco de daño, porque era más bien alta, como todas las camas antiguas, y quedó tendida de bruces.

Antes de que pudiera incorporarse, Rand cayó sobre ella y le arrancó el vestido, dejándola solo con la sucinta bragueta lila.

Pero eso también saltó, hecho pedazos.

El terrible mordisco había vuelto loco de furia a Rand, y éste se decía que la mejor manera de cobrarse la feroz dentellada era violar salvajemente a la muchacha, causarle todo el daño posible, en vez de proporcionarle placer.

Sentado sobre el desnudo trasero de Sheila, para impedir que la joven pudiera levantarse, Rand se abrió el pantalón y se bajó el *slip*.

Entonces, agarró brutalmente a la muchacha y la obligó a darse la vuelta, echándose seguidamente sobre ella, como una fiera.

Sheila, que no paraba de chillar, apretó fuertemente los muslos, para impedir que el canalla se colocara entre ellos pero Rand tenía mucha fuerza, y consiguió separárselos.

Al sentir que el miembro masculino buscaba vigorosamente su hendidura íntima, Sheila Glennon lanzó un chillido desgarrador, convencida ya de que nada ni nadie podría impedir que aquel salvaje destrozase su himen y la penetrase hasta lo más hondo.

Pero no.

Donald Lawford, que se había bajado de la cama por el lado opuesto, lenta y silenciosamente, logró acercarse a Rand por detrás, sin ser descubierto por éste, y aunque maltrecho y debilitado por la paliza que le propinaron Rand y Chad, tuvo fuerzas suficientes para proyectar la pierna y golpear duramente con su pie al tipo en la sien derecha.

Rand emitió un rugido y cayó junto a Sheila, quedando boca arriba, la cabeza ladeada, los ojos cerrados, y su virilidad menguando rápidamente.

Sheila Glennon ya no gritaba.

Miraba a Donald Lawford.

Pálida.

Temblorosa.

Desnuda...

Lo primero que hizo Donald, fue apoderarse de la pistola de Rand, que descansaba en la funda que éste llevaba bajo su axila zurda.

—Siga gritando, Sheila —indicó el médico, sin dar ninguna importancia a la completa desnudez de la muchacha—. Así, el compañero del tipo pensará que este continúa abusando de usted, y no asomará las narices —explicó.

La joven, sentada ya en el suelo, con las piernas muy juntas, para ocultar al menos su sexo, reanudó los chillidos.

Donald se situó tras ella y se arrodilló.

—Sus manos, rápido. Tengo que acabar de aflojar sus ligaduras.

Sheila se las ofreció, pero como estaba sentada, quedaban muy bajas, y Donald rogó:

—Póngase de rodillas, Sheila. Llegaré mucho mejor a las

ligaduras.

—Doctor Lawford, estoy desnuda... —musitó ella.

—Así examino yo a mis pacientes, tanto hombres como mujeres. No se preocupe por eso, estoy acostumbrado.

Sheila venció su pudor y obedeció.

Al ponerse de rodillas, lógicamente, mostró su trasero al médico, redondo y erguido, pero Donald Lawford sólo prestó atención a la cuerda que sujetaba las manos de la muchacha.

—Grite, Sheila, grite.

La joven chilló de nuevo, de la misma forma que chillaría si Rand la estuviese violando.

Donald mordía una y otra vez las ligaduras.

Tenía que soltar a Sheila antes de que Chad sospechara algo y apareciera, pistola en mano. Él tenía la de Rand, pero sería muy problemático usarla con efectividad teniendo las manos atadas a la espalda.

Sheila escuchaba los jadeos y los resoplidos que daba el médico, lo cual le daba idea del tremendo esfuerzo que estaba realizando.

—¿Falta mucho, doctor Lawford?

—No, ya está casi... —respondió Donald, entrecortadamente, para acto seguido rogar—: Haga fuerza con sus muñecas, Sheila.

La joven lo hizo así.

Segundos después, Sheila tenía las manos libres.

—Ahora desátame a mí, deprisa —indicó Donald, colocándose de espaldas a la muchacha.

Sheila, sin dejar de dar gritos, y todavía sin nada encima, procedió a desatar al médico.

—Esto ya es otra cosa —murmuró Donald, cuando tuvo las manos libres.

Cuando se volvió hacia Sheila, la joven ya se cubría las zonas más íntimas de su persona con el destrozado vestido blanco.

—Ha quedado inservible, ¿no? —dijo Donald.

—Totalmente.

—Y su prenda íntima también... —Donald miró la delicada braguita lila, que seguía en el suelo.

—Sí, no puedo ponérmela.

—Espere, tengo una idea.

Donald despojó de su camisa a Rand y se la dio a Sheila.

—Póngase esto. Yo, mientras tanto, veré si el tipo lleva las llaves del «Chevrolet» encima.

Desgraciadamente, no era así.

—Qué mala suerte —se lamentó Donald.

Se volvió hacia Sheila, que seguía dando chillidos.

La joven ya se había puesto la camisa de Rand.

—Perfecto, le tapa todo lo que usted no quería enseñar —comentó Donald, sonriendo.

Sheila le devolvió la sonrisa, con cierta timidez, y preguntó:

—¿Qué vamos a hacer ahora, doctor Lawford?

—Déjeme pensar, Sheila. —Donald se pasó la mano zurda por el cabello—. Necesitamos el coche de los tipos. Éste no tiene las llaves. En el pantalón, al menos. Puede que las tenga en la chaqueta. El «Chevrolet», desde luego, lo conducía él, cuando me trajeron aquí.

—También lo conducía cuando me trajeron a mí.

—Sí, las tendrá en su chaqueta... Bien, le diré lo que vamos a hacer, Sheila.

Chad fumaba nerviosamente un cigarrillo.

Lo masticaba, más bien.

Escuchaba los gritos que daba Sheila Glennon, y eso le excitaba, porque pensaba que Rand estaba forzando a la muchacha, y no podía evitar el imaginarse la escena.

—¿Cuándo acabarás, Rand? Maldita sea... —rezongó, caminando arriba y abajo por la habitación en cuya cama descansaba Perry, todavía bajo los efectos de la anestesia.

Chad también quería poseer a la atractiva hija del millonario, pero claro, como Rand era el jefe...

Hasta que Rand no saciase su deseo bien saciado, él tenía que aguantarse.

Y Rand no terminaba nunca, el condenado.

Chad se palpó la nariz, que parecía una berenjena aplastada, después del maletinazo que le atizara Donald Lawford en ella. Como todavía le dolía bastante, se acordó de los familiares más próximos del maldito doctor.

De pronto, cesaron los gritos de Sheila Glennon.

Chad aguzó el oído.

¿Habría acabado ya Rand...?

Chad salió de la habitación, cuya puerta estaba abierta.

Se acercó a la puerta de enfrente, la de la habitación donde tenían encerrados a Sheila Glennon y al doctor Lawford.

Chad pegó el oído a la puerta.

No oyó nada.

Incapaz de resistir más, abrió un centímetro la puerta y aplicó el ojo a la grieta.

Lo que vio le dejó perplejo.

Rand estaba tumbado sobre la cama, de espaldas, con el torso desnudo y los pantalones bajados hasta las rodillas, y encima de él, arrodillada, apretándole las costillas con sus muslos, tenía a Sheila Glennon, que se cubría con la camisa de Rand, mientras que su vestido y su prenda íntima yacían en el suelo, desgarrados.

Chad creyó que estaban haciendo el amor, porque los movimientos de la hija del millonario así parecían indicarlo, y ésa, y no otra, era la causa de su absoluta perplejidad.

¿Cómo diablos había conseguido Rand que la muchacha, después de tanto grito, accediera a copular con él, y ocupando la posición supina, además...?

¿Y dónde estaba el doctor Lawford...?

¿Lo habría tirado Rand de la cama, para poder disfrutar más cómodamente de Sheila Glennon...?

Seguro que sí.

Chad se metió la mano en el bolsillo y extrajo una media, que se colocó en la cabeza, para ocultar sus facciones. Entonces, y aunque temía que a Rand no le sentara muy bien, abrió más la puerta y penetró en la habitación, deseoso de verle algo a la hija del millonario, pues la camisa de Rand sólo le dejaba mostrar las piernas.

¿Por qué llevaría la chica la camisa de Rand?

Sería más lógico que estuviese completamente desnuda...

Chad no tuvo tiempo de averiguarlo, pues recibió un duro golpe en la cabeza apenas entrar en la habitación, y se desplomó sin sentido.

Donald Lawford, oculto tras la puerta, acababa de atizarle con la pistola de Rand.

CAPÍTULO VII

Sheila Glennon se quitó de encima de Rand y se bajó de la cama, la cara muy colorada.

—Logramos engañarle, ¿eh, doctor Lawford? —dijo, mirando al inerte Chad.

—Lo hizo usted muy bien, Sheila —sonrió Donald, apoderándose de la pistola de Chad.

La joven bajó la cabeza.

—He pasado mucha vergüenza.

—Hacer el amor no es vergonzoso, Sheila.

—Pero sí fingir que se hace. El tipo, al verme montada sobre su compañero, debió tomarme por una...

—Mordió el anzuelo, que era de lo que se trataba.

—Tendremos que atar a los tipos, para que no escapen, ¿no? —sugirió la muchacha.

—No será necesario atarlos. Les inyectaré anestesia y dormirán varias horas, como el tipo que operé. Vamos por mí maletín, Sheila —indicó Donald.

Salieron los dos de la habitación.

Segundos después, penetraban en la de enfrente.

Allí estaban las chaquetas de Rand y Chad.

En la del primero, Donald encontró las llaves del «Chevrolet».

El médico tomó su maletín y la pistola de Perry, quien seguía sobre la cama, sin enterarse de nada.

Regresaron a la otra habitación.

Donald Lawford inyectó anestesia a Rand y Chad.

Al acabar, dijo:

—Ya podemos irnos, Sheila. Cuando la policía venga por los tipos, los encontrará a los tres bien dormiditos.

—Magnífico —sonrió la joven.

Abandonaron la casa.

Donald rogó:

—¿Le importaría conducir usted, Sheila?

—Por supuesto que no, doctor Lawford.

—Gracias. Yo estoy...

—Sé cómo se siente, y me parece milagroso que hiciera lo que ha hecho en ese estado.

—Era necesario hacerlo, y eso me dio fuerzas.

—Entre en el coche y póngase cómodo.

Instantes después, Sheila Glennon ponía el «Chevrolet» en marcha.

Donald Lawford cerró los ojos y suspiró.

—Se acabó la pesadilla, Sheila.

—Gracias a usted, doctor Lawford. No sólo le ha ahorrado un millón de dólares a mí padre, sino que evitó que los tipos me violaran.

—Sufrí mucho, cuando ese cerdo la manoseaba y la mordía, pero no podía hacer nada, si usted no se tiraba de la cama. Por eso le pedí que lo hiciera.

—Y en ese momento me tuteó...

—¿De veras?

—¿No lo recuerda?

—No.

—Pues lo hizo. «¡Al suelo! ¡Déjate caer al suelo, Sheila! ¡Tírate de la cama! ¡Sólo así podré ayudarte!» —repitió la muchacha las palabras que el médico pronunciara con los labios, que no con la voz.

Donald sonrió.

—Le pido disculpas, Sheila.

La joven rió.

—No diga tonterías, doctor Lawford. No tiene importancia que me tuteara. Puede seguir haciéndolo, si quiere.

—Sólo si el tuteo es recíproco.

—Oh, no. Usted es un doctor, Donald...

—Pero no soy su doctor, así que puede tutearme tranquilamente.

—Ríase de mí, si quiere, pero no me atrevo. Tal vez, cuando nos tratemos más...

—¿Es que volveremos a vernos, después de esta noche?

—¿Por qué no?

—Usted tiene novio, Sheila.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Acaso las mujeres que tienen novio o están casadas no pueden tener amigos?

—Supongo que sí.

—Lo que ha hecho usted por mí, doctor Lawford, no lo olvidaré nunca. Y mis padres tampoco. Ni Roger. Todos se lo agradeceremos eternamente.

Donald la miró a los ojos.

—Sólo puedo decirle una cosa, Sheila: me siento muy contento de haber podido impedir que esos cerdos destrozasen su vida. Usted es una muchacha encantadora, y merece ser feliz. Espero y deseo que lo sea con Roger.

La joven le sonrió dulcemente.

—Gracias, doctor Lawford.

El «Chevrolet» negro siguió rodando, en dirección a Sacramento.

El timbre de la casa sonó.

Mónica, la doncella de la familia Glennon, una joven de rostro alegre y bonita figura, acudió rápidamente a abrir.

—¡Señorita Sheila! —exclamó, tan contenta como sorprendida, pues la hija del millonario seguía cubriendo su cuerpo desnudo con la camisa de Rand.

Sheila la abrazó.

—¡Mónica! ¿Sabías que unos tipos me habían secuestrado?

—¡Oh, sí!

—Pues ya estoy libre, Mónica.

—¡Qué alegría, señorita!

—El doctor Lawford, aquí presente, me rescató.

La doncella se fijó en el médico, en cuyo rostro se apreciaban claramente las huellas de la paliza que le dieran Rand y Chad.

—No le fue fácil, por lo que veo... —musitó, impresionada.

—No, no fue fácil, Mónica —asintió Sheila—. Pero los dos estamos a salvo, que es lo que importa.

—¿A usted también la golpearon, señorita...? —preguntó la doncella, descubriendo el manchón azulado que lucía Sheila en el mentón.

La hija del millonario se rozó la barbilla con las yemas de los

dedos.

—Sólo un puñetazo, no tiene importancia. ¿Dónde están mis padres, Mónica?

—En el salón, señorita. Y Roger está con ellos, compartiendo su angustia.

—Sí, deben estar sufriendo mucho. Vamos, doctor Lawford. — Sheila lo tomó del brazo.

Donald caminó, ligeramente encogido.

—Apóyese en mí, doctor Lawford —sugirió Sheila, dándose cuenta de las dificultades que tenía el médico no ya para caminar, sino para mantenerse en pie.

—No es necesario, Sheila.

—¿Rechaza mi ayuda?

—Está bien, me apoyaré —sonrió Donald, y pasó su brazo por los hombros de la muchacha.

Ella le rodeó la cintura con el suyo.

—Camine despacio, doctor Lawford. No hay prisa.

—Tengo unas ganas de acostarme...

—Dormiré aquí esta noche.

—¿En su casa...?

—Hay habitaciones de sobra.

—Se lo agradezco mucho, pero...

—No discuta, doctor Lawford.

Y Donald no discutió.

Alcanzaron el salón, y Sheila abrió la puerta.

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Roger! —gritó, sintiendo que se le saltaban las lágrimas.

Stanley Glennon y su esposa, Ann, brincaron materialmente del sofá.

—¡Sheila!

—¡Hija!

Corrieron los dos hacia la muchacha.

Roger Keaton siguió sentado en el sillón.

Miraba a Sheila con ojos agrandados.

Perplejo.

Atónito.

Como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

Stanley y Ann ya abrazaban y besaban efusivamente a Sheila,

llorando los dos de alegría.

Donald Lawford se fijó en Roger Keaton.

Éste le miró a su vez.

Paralizado todavía por la sorpresa.

Pero al fin consiguió reaccionar, y se puso en pie, caminando con rapidez hacia su novia.

—¡Sheila!

—¡Roger!

Se abrazaron apretadamente.

Roger besó a Sheila en los labios, sin importarle la presencia de los padres de la muchacha. Luego, con viva ansiedad, preguntó:

—¿Estás bien, Sheila?

—Sí.

—¿Te respetaron los tipos?

—No, pero el doctor Lawford impidió que me forzaran.

Roger volvió a mirar a Donald.

—¿Doctor Lawford...?

—Será mejor que os lo cuente todo desde el principio —sonrió Sheila—. Venga, doctor Lawford, y tome asiento, que no anda usted sobrado de fuerzas —rogó, cogiéndolo del brazo.

—No, es verdad —admitió el médico, con una ligera sonrisa.

Sheila lo llevó hasta el sillón más próximo, donde Donald se dejó caer, sin poder reprimir un gesto de dolor.

Stanley, Ann, Roger, y la propia Sheila, se sentaron también, iniciando la muchacha el relato de los dramáticos momentos vividos por ella y el doctor Lawford.

Cuando concluyó, Stanley Glennon miró a Donald Lawford, profundamente emocionado, y dijo:

—Siempre estaremos en deuda con usted, doctor Lawford. El millón de dólares es lo de menos, pero que salvara usted a Sheila de ser salvajemente violada por aquel canalla...

—Eso jamás podremos pagárselo, doctor Lawford —dijo Ann, muy emocionada, también.

Donald miró a Sheila y sonrió.

—No tienen que pagarme nada. Sheila necesitaba ayuda, y yo se la presté. Era mi deber.

—Pero estaba usted debilitado por la paliza recibida, y tenía las manos atadas a la espalda... —recordó Roger Keaton—. Hay que

tener mucho valor, para intentar algo en esas condiciones.

—Usted también lo tuvo, según me contó Sheila. Hizo frente a los tipos, sin importarle que fueran armados.

—Pero yo no conseguí nada.

—Eso es lo de menos.

—El doctor Lawford tiene razón, Roger —terció Sheila—. Arriesgaste tu vida por mí, y eso es lo que cuenta.

—Si hubiera logrado impedir tu secuestro, todo lo demás no hubiese sucedido. Debiste sufrir mucho cuando aquel puerco te arrancó el vestido, dejándote desnuda, y se echó sobre ti, después de...

Sheila se estremeció visiblemente.

—No me lo recuerdes, Roger, por favor.

—Sí, mejor no hablar más de ello —opinó Ann, abrazando cariñosamente a su hija.

—Lo que hay que hacer es avisar a la policía, para que pongan a buen recaudo a los secuestradores —dijo Stanley—. Y voy a hacerlo ahora mismo.

La policía ya se había hecho cargo de los secuestradores de Sheila Glennon, y ahora estaba siendo informada con mayor detalle de todo lo ocurrido.

Cuando estuvieron al corriente de lo sucedido, los detectives abandonaron la casa del millonario.

A Donald Lawford le fue destinada una magnífica habitación, con una cama amplia y moderna.

Sheila Glennon, que ahora se cubría con una bata de seda, de color azul celeste, quiso ocuparse personalmente de instalar al médico, con el cual se quedó a solas en la habitación.

—Siéntese en la cama, doctor Lawford —indicó la joven.

Donald obedeció.

—Ahora, quítese la ropa —siguió indicando Sheila.

—¿Delante de usted...?

La joven sonrió graciosamente.

—¿Le da vergüenza?

—No, pero...

—Alguien debe atender los golpes que recibió, ¿no le parece?

—¿Y quiere hacerlo usted?

—Sí. ¿Tiene algún inconveniente?

—No, ninguno.

—Le ayudaré a desvestirse.

—Muy amable.

Sheila le ayudó a quitarse la chaqueta, la camisa, los zapatos y los pantalones, y Donald quedó en *slip*.

La joven observó los hematomas que se le habían formado al médico en el pecho, los costados y la espalda, principalmente.

—Salvajes... —masculló.

—Me dieron de patadas hasta que se hartaron.

—Las pruebas de que así fue, están a la vista.

—Y menos mal que no me rompieron ningún hueso.

—Le aplicaré un linimento.

—Lo que usted diga, doctora.

—No se burle.

—No me burlo, sólo era una broma.

—Échese en la cama. Primero, de bruces.

Donald se tendió boca abajo.

Sheila le aplicó el linimento, con suavidad.

Unos minutos después, indicaba:

—Dese la vuelta, doctor Lawford.

Donald no se movió.

—Doctor Lawford... —murmuró Sheila, buscando los ojos de él.

Los encontró cerrados.

Donald Lawford se había quedado dormido.

Tan profundamente, que no se despertó cuando Sheila Glennon, con sumo cuidado, le dio la vuelta y lo dejó boca arriba.

—Pobre doctor Lawford... —suspiró la joven, y procedió a atenderle los hematomas del pecho y los golpes del rostro, en cuyo pómulo izquierdo, abierto, aplicó una tiritita, después de limpiar la herida.

Al acabar su tarea, y sin saber exactamente por qué, pues fue algo totalmente instintivo, Sheila Glennon se inclinó sobre Donald Lawford y lo besó suavemente en los labios.

Luego, lo cubrió con la sábana hasta la mitad del pecho y abandonó la habitación, preguntándose a sí misma qué la había impulsado a besar en los labios al doctor Lawford.

¿Agradecimiento?

¿Simpatía?

¿Afecto?

¿Lo otro...?

No, lo otro no podía ser.

Había conocido a Donald Lawford aquella misma noche, no podía estar enamorada de él.

Además, a ella le gustaba Roger.

¿Y Donald Lawford no...?

Sí, Donald Lawford también, pero menos que Roger. ¿Menos...?

Bueno, por lo menos, de un modo distinto.

Sheila Glennon se dijo que era mejor no pensar en ello, porque se estaba haciendo un lío.

CAPÍTULO VIII

Evelyn Burnett, la enfermera del doctor Lawford, se hallaba un tanto preocupada, porque eran casi las once de la mañana y Donald Lawford aún no había aparecido por su consultorio, cuando, normalmente, solía llegar alrededor de las diez.

No había pacientes esperando, porque el doctor Lawford pasaba consulta solo por las tardes, dedicando las mañanas para visitar a los enfermos que no podían desplazarse a su consultorio.

Evelyn había recibido ya algunas llamadas, y tomado nota de los avisos, para entregárselos al doctor Lawford cuando éste llegase.

De pronto, la puerta de cristal translúcido se abrió y Donald Lawford entró en su consultorio, portando su maletín en la diestra.

—Buenos días, Evelyn.

—¡Por todos los santos del cielo! —exclamó la joven, llevándose las manos a la boca.

—No se asuste, sólo son unos golpes.

—¡Y se los dio todos Maxie, seguro!

Donald entornó los ojos.

—¿Quién es Maxie?

—¡El bruto de mí novio!

Donald sonrió.

—¿Por qué iba a sacudirme su novio, si ni siquiera lo conozco?

—¡Por lo del pellizco!

—¿Qué pellizco?

—¡El que me soltó el viejo Monty en el trasero ayer tarde, poco antes de marcharse!

Donald rió.

—Lo había olvidado. ¿Le quedó señal, Evelyn?

—¡Naturalmente que me quedó señal! ¡Y Maxie la descubrió,

porque hicimos el amor! Bueno, íbamos a hacerlo, pero Maxie se enfureció cuando me vio la mancha amoratada y ya no lo hicimos.

Donald carraspeó.

—¿No le dijo usted que fue el viejo Monty quien...?

—¡Oh, no! Maxie sería capaz de desmontarlo de un sopapo.

—¿Y qué explicación le dio?

—Le dije que me había pellizcado un taxista, al pasar por mí lado con su taxi.

—¿Y se lo creyó?

—No.

—Vaya.

—Sospecha de usted, doctor Lawford.

—¿De mí...?

—Desde hace tiempo.

—Pero, si yo nunca...

—Mil veces se lo he repetido, pero no sirve de nada. Ya le dije ayer que Maxie es muy celoso. Como usted es un médico joven, y muy apuesto, Maxie no está tranquilo.

—Vaya por Dios.

—¿De veras no le sacudió él?

—Claro que no.

—¿Y quién le puso la cara así?

—Es una larga historia, Evelyn, y como ando escaso de tiempo esta mañana, se lo contaré cuando vuelva. ¿Hay muchos avisos?

—Algunos.

—Démelos.

La enfermera se los entregó.

Donald los leyó todos y luego se los guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Hasta luego, Evelyn.

—Doctor Lawford...

—¿Qué?

—Si ve venir directo hacia usted a un tipo corpulento, con cara de camión de mudanzas, eche a correr.

—¿Maxie...?

—Sí.

—Sólo faltaba eso, que me tropezara con él —rezongó Donald.

—Me temo que ocurrirá algún día.

—Esperemos que no, Evelyn, esperemos que no —suspiró Donald Lawford, y dejó su consultorio.

El doctor Lawford visitó a los enfermos cuyos avisos le diera su enfermera.

Desde el domicilio del último de ellos, telefoneó a Evelyn, por si había más avisos.

—Otros tres, doctor —informó la joven.

—Espere, voy a tomar nota.

Evelyn le dio los nombres y las direcciones, y Donald los anotó en su libreta.

—Si llama alguien más, y a menos que se trate de un caso urgente, diga que ya no podré pasar hasta mañana, Evelyn —rogó el médico—. Es ya muy tarde.

—Entendido, doctor Lawford.

Después de visitar a los tres enfermos, Donald Lawford entró en un restaurante poco concurrido y almorzó en él, regresando luego a su apartamento.

Se echó en el sofá y durmió un rato, hasta que se hizo hora de volver a su consultorio.

Cuando llegó, ya había algunos pacientes esperándole, por lo que Evelyn Burnett continuó sin saber qué era lo que le había sucedido la noche pasada.

Donald empezó a recibir a los pacientes.

Eran ya casi las siete, cuando, con gesto cansado, preguntó a su enfermera:

—¿Cuántos quedan, Evelyn?

—Sólo uno.

—Menos mal.

—¿No se encuentra bien, doctor?

—La verdad es que no, Evelyn. No sólo me atizaron en el rostro, sino también en el cuerpo, y siento dolores hasta en... Bueno, mejor no lo digo, que puede sonar a taco.

La enfermera no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Hago pasar a la chica o le digo que vuelva mañana? —sugirió.

—Oh, no, hágala pasar, Evelyn.

—Como dice que se encuentra mal...

—No importa, la reconoceré. Por uno más...

—Es un poco rara, ¿sabe?

—¿Quién?

—La chica.

—¿Por qué dice eso?

—Dejó pasar a dos pacientes que llegaron después que ella, diciendo que no tenía ninguna prisa.

—¿No será que tiene miedo de ponerse en manos de un médico? A algunas personas les sucede eso, y retrasan deliberadamente el momento de la exploración médica. También las hay que les da vergüenza desnudarse, mostrar sus zonas íntimas...

—Me parece que ni lo uno ni lo otro, porque la chica no está en absoluto nerviosa. Por cierto, tiene una señal en la barbilla, que el maquillaje apenas disimula.

Donald se envaró.

—¿Qué clase de señal?

—Un moretón. O se dio contra algo, o le sacudieron un buen sopapo. Yo me inclino por lo segundo.

—¿Es rubia, esbelta, bonita...?

La enfermera enarcó las cejas.

—¿La conoce...?

—Sí, creo que sí.

—No le sacudiría usted, ¿verdad?

—¿Me cree usted capaz...?

—No, claro que no.

—Fueron los mismos tipos que me sacudieron a mí.

—¿Cuándo va a explicarme lo que pasó, doctor Lawford?

—Ahora no puedo, Evelyn. Haga pasar a esa joven. Y márchese, si quiere. Sospecho que la muchacha no ha venido a ver al médico, sino al amigo.

—Ahora comprendo por qué dejó pasar a los otros pacientes...

—Hasta mañana, Evelyn.

—Oiga, tengo la impresión de que molesto.

—No diga tonterías.

—¿Le hace tilín la chica, doctor?

—Ni tilín ni tolón.

—Ya se ha picado.

—No me he picado. Sucede que estoy cansado, dolorido, y tengo

ganas de marcharme a casa y tumbarme en mi cama.

—¿Solo o con la rubia?

Donald alargó sus manos hacia el cuello de su enfermera, con un gesto tan fiero como fingido.

—¿No la han estrangulado nunca, Evelyn?

La joven pegó un salto hacia atrás.

—¡No lo intente o se lo diré a Maxie!

—¿Va a verlo esta noche?

—Sí.

—¡Pues no lo haga esperar!

—¡Hasta mañana, doctor!

Evelyn Burnett salió corriendo del despacho médico.

Donald Lawford rió quedamente.

Un instante después, Sheila Glennon entraba en el despacho, luciendo unos ajustados pantalones blancos y un blusón estampado, tan liviano, que si la joven se ponía al trasluz se le vislumbraba todo.

De momento, no se le vislumbraba nada, pero saltaba a la vista que bajo el blusón no llevaba ninguna otra prenda. Los dos botoncitos que se marcaban a la altura de los senos, así lo evidenciaban.

La bella hija del millonario, con una deliciosa sonrisa en sus jugosos labios, preguntó:

—¿Sorprendido, doctor Lawford...?

—Mucho —confesó Donald, correspondiendo a la sonrisa de la muchacha.

—Lo suponía.

—¿A que debo el honor de su visita, Sheila?

—Vengo a echarle una regañina.

—¿Por qué?

—Cuando me levanté esta mañana, usted ya se había ido, y me llevé una gran desilusión.

—Me hubiera gustado decirle adiós, créame, pero ya era tarde, y aún tenía que ir a mí casa a cambiarme de ropa, antes de iniciar las visitas a mis pacientes.

—Usted está peor que muchos de ellos.

—Sí, me temo que sí —sonrió Donald, oprimiéndose suavemente las costillas.

—Debió quedarse todo el día en la cama.

—Ojalá hubiera podido.

—¿No tiene quien le sustituya, cuando se siente indispuesto?

—Pues, no. Como hasta anoche nunca me había sentido mal...

—Se quedó «roque», mientras le aplicaba el linimento.

—Lo siento, no pude evitarlo.

—¿Ha terminado ya su trabajo, doctor Lawford?

—Por fortuna, sí.

—Le llevaré a su casa.

—Me siento algo mejor que ayer, y puedo conducir mi propio coche. Toda la mañana he ido por ahí con él.

—¿Quiere eso decir que no desea que le lleve yo en el mío?

—No, por Dios. Lo que no deseo es causarle molestias.

—No es molestia, doctor Lawford —sonrió Sheila—. No tengo nada que hacer.

—¿No tiene que ver a Roger, esta noche? —carraspeó Donald.

—Roger no está en Sacramento, ha tenido que ausentarse, y no volverá hasta mañana.

—Entiendo.

—No, no lo entiende. Yo hubiese venido igualmente a verle aunque Roger estuviese en Sacramento, y me habría brindado igualmente, también, a llevarle a casa en mi coche.

—¿Y cómo le hubiera sentado a Roger?

—Me tiene sin cuidado.

—Es su novio, Sheila. Van ustedes a casarse...

—Eso último aún no está decidido.

—¿No?

—Me gusta Roger, por eso soy su novia. Pero no estoy segura de quererle. De quererle lo suficiente como para desear casarme con él, al menos.

—¿Lo sabe Roger?

—Sí, en todo momento he sido sincera con él. Le dije que si llegaba a quererle de verdad, nos casaríamos, y si no, romperíamos nuestras relaciones.

Donald quedó pensativo.

De pronto, inquirió:

—¿Roger es rico?

—No —respondió Sheila—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada.

—Sí, tiene que haberlo preguntado por algo. Y quiero que me lo diga, doctor Lawford.

—No le gustaría saber lo que pienso, Sheila.

—No importa, dígalo.

—Muy bien, ahí va. Pienso que tal vez Roger planeara su secuestro, Sheila.

CAPÍTULO IX

Sheila Glennon se quedó con la boca abierta.

—¿Qué Roger...? —balbuceó.

Donald Lawford suspiró.

—Sabía que no le iba a gustar, Sheila.

—Es lo más disparatado que he oído nunca, doctor Lawford.

—Es posible.

—¿En qué se basa usted para...?

—Anoche, cuando usted abrió la puerta del salón, sus padres saltaron del sofá y corrieron hacia usted, locos de alegría. Roger, en cambio, siguió sentado en el sillón, con expresión de absoluta perplejidad. Como si usted fuese lo último que esperase ver aparecer por aquella puerta.

—Quedó paralizado por la sorpresa, eso es todo.

—Tal vez.

—Luego vino hacia mí y me abrazó. Y me besó.

—Su alegría me pareció un tanto forzada, poco natural.

—Eso es absurdo, Donald. ¿Olvida usted que Roger arriesgó su vida por mí, cuando los tipos me secuestraron?

—Pudo ser una comedia.

—¿Comedia...? ¡Uno de los tipos le produjo una herida en la cabeza, con su pistola!

—Para darle mayor autenticidad a la cosa. Y, al propio tiempo, librar de toda sospecha a Roger.

—Basta, doctor Lawford, por favor. Está usted acusando a Roger sin motivo alguno. Él me quiere, desea casarse conmigo.

—Pero no está seguro de lograrlo, porque sabe que usted no le quiere lo suficiente.

—¿Y le parece a usted lógico que contratara a irnos tipos para

que no sólo me secuestrasen, sino para que también me violasen?

—Si Roger planeó el secuestro, está claro que pensaba romper sus relaciones con usted, una vez obtenido el millón de dólares del rescate, y poco podía importarle que usted hubiese sido violada por los tipos. Es más, eso podía servirle de pretexto para dejarla. Algunos hombres, cuyas novias o mujeres han sido forzadas por tipos sin escrúpulos, no son capaces de olvidar la tragedia, y las abandonan, porque sienten vergüenza y asco de la mujer que antes amaban y deseaban. Es injusto, pero sucede.

—Podría admitir que Roger planease mi secuestro si yo le hubiera dicho que no pienso casarme con él, pero...

—Hay cosas que no es necesario decírlas, Sheila; se intuyen. Y Roger tiene cara de ser un tipo muy intuitivo. Y muy inteligente. Por eso planeó el secuestro ahora, que todavía son novios. De haberlo llevado a cabo después de romper sus relaciones con usted, la policía hubiese sospechado de él, porque la cosa hubiese oído a venganza.

Sheila Glennon movió la cabeza.

—No, Donald. No creo capaz a Roger de algo tan ruin. Es un buen muchacho, créame.

—Puede que yo esté equivocado, Sheila.

—Seguro que lo está.

—El tiempo lo dirá, porque una cosa es segura: si Roger planeó el secuestro, no se conformará con su fracaso, y volverá a intentarlo.

La joven se estremeció.

—No me asuste, doctor Lawford.

—No trato de asustarla, sólo de prevenirla.

—Ya no voy a poder dormir tranquila, por su culpa.

—Lo siento. Yo no quería hablarle de esto, pero usted me obligó.

La muchacha, hondamente preocupada, no replicó: Donald preguntó:

—¿Sigue queriendo llevarme a casa en su coche, Sheila?

—Desde luego —asintió ella.

—Muy bien —sonrió levemente Donald, despojándose de su bata de médico y colocándose la chaqueta.

Algunos minutos después, Sheila Glennon estacionaba su coche, un espléndido Maserati, modelo «Merak SS», de color rojo oscuro,

frente al edificio de apartamentos donde vivía Donald Lawford.

Apenas habían hablado, durante el trayecto.

Donald tomó su maletín.

—Gracias por traerme, Sheila.

—¿No va a invitarme a subir? —sugirió ella.

—¿Le gustaría?

—Sí.

—Su cara parecía decir que no.

—Estoy preocupada, no enfadada.

—Pero yo soy la causa de su preocupación.

—Necesito una copa, Donald.

—Se la serviré con mucho gusto.

Salieron los dos del coche y subieron al apartamento. Donald encendió las luces e invitó:

—Póngase cómoda, y dígame qué le apetece beber.

—Vamos a hacerlo al revés.

—¿Cómo?

—Va a ser usted quien se ponga cómodo y yo quien prepare las bebidas. ¿Alguna objeción?

—Ninguna —sonrió Donald, sacándose la chaqueta. Sheila se acercó al mueble-bar.

Mientras la joven escanciaba *brandy* español en un par de copas, Donald se sentó en el sofá.

El médico se cogió los riñones, con claro gesto de dolor.

Incluso se le escapó un gemido.

Sheila lo miró.

—Pobre doctor Lawford...

—Bueno, no todos podemos ser millonarios.

—No me refería al dinero, y usted lo sabe.

—Sólo era una broma —sonrió el médico.

—Debería usted odiarme.

—¿Por qué?

—Si yo no le hubiese arrebatado la pistola a uno de los secuestradores, el arma no se habría disparado, el tipo no hubiese resultado herido, y usted no estaría ahora molido a golpes, porque no hubiese hecho falta recurrir a un médico.

—Usted no tiene la culpa de que me golpearan, Sheila. Si yo no hubiese intentado huir... ¿Y sabe una cosa? Me alegro de que los

tipos me volvieran a coger, porque eso me permitió impedir que ellos... Bueno, ya sabe a qué me refiero.

Sheila Glennon se acercó al sofá, portando las copas de *brandy*, y se sentó junto al médico. Le ofreció una de las copas y dijo:

—Es usted un tipo extraordinario, doctor Lawford. Creo que por eso le besé.

Donald parpadeó.

—¿Qué me besó...?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche, cuando terminé de aplicarle el linimento.

—Ah, por eso no lo recuerdo. Como estaba dormido...

—De haber estado despierto, no me hubiera atrevido.

—Pues es una pena, porque a mí me gusta que me besen cuando estoy despierto.

—¿Me está pidiendo que le bese de nuevo?

—Sólo he dicho que me gustaría.

—Creo que a mí también —confesó Sheila, con un brillo muy particular en los ojos.

Donald acercó sus labios a los de ella, que se entreabrieron, y la besó, recreándose en la acción. Se disponía ya a rodearla con sus brazos, cuando llamaron a la puerta.

—Muy oportuno, sí, señor —suspiró el médico, separándose de la muchacha.

Hizo ademán de ponerse en pie, pero Sheila dijo:

—No se levante, Donald. Yo abriré.

—Gracias, Sheila.

La joven se irguió y acudió a abrir.

Al tirar de la puerta, se encontró con un tipo corpulento, que vestía tejanos azules y una ceñida camiseta amarilla.

—¿Qué desea? —preguntó Sheila.

—Me llamo Maxie, y vengo a romperle la cara al doctor Lawford —masculló el individuo, y se coló en el apartamento.

CAPÍTULO X

Sheila Glennon se quedó helada.

—¡Donald! —gritó.

Donald Lawford ya había descubierto al tipo.

Por su corpulencia, y por su cara de camión de mudanzas, dedujo rápidamente que se trataba del novio de su enfermera.

Y no hacía falta preguntarle el motivo de su visita, se adivinaba por su expresión, dura y amenazante.

Por si quedaba alguna duda, el tipo repitió:

—Me llamo Maxie, y vengo a romperle la cara, doctor Lawford.

Donald se puso en pie.

—Espera un momento, Maxie —rogó, alargando la mano hacia él.

—Vaya, veo que alguien se me anticipó —rezongó el novio de Evelyn Burnett, al descubrir las señales de golpes que el médico tenía en el rostro.

Donald se tocó la tiritita que cubría su pómulos izquierdo y forzó una sonrisa.

—Sí, anoche tuve problemas con unos tipos.

—Conmigo también los va a tener —aseguró Maxie, levantando sus poderosos puños—. Defiéndase, doctor Lawford.

—Maxie, por favor.

—Le sacudiré igual aunque no se defienda, se lo advierto.

—Hablemos primero, Maxie.

—Yo no soy hombre de palabras, sino de acción —gruñó Maxie, moviendo los puños como un experto boxeador.

Sheila Glennon, que se había puesto al lado del médico, inquirió:

—¿Por qué quiere golpear al doctor Lawford?

—Le pellizcó el trasero a mí novia.

—¡Doctor Lawford! —exclamó la joven, muy sorprendida.

—No es cierto, Sheila —carraspeó Donald.

—De nada le servirá negarlo, doctor —masculló Maxie—. Evelyn dijo que fue un taxista, pero yo sé que fue usted, y le voy a quitar las ganas de pellizcar de nuevo a mí novia.

—Déjame que te explique lo que pasó, Maxie.

—¿Va a decirme que Evelyn le provocó...?

—Por supuesto que no. Evelyn es una buena chica, por eso trabaja para mí como enfermera.

—Sí, ella es una buena chica, pero usted es un cerdo.

—Yo no la pellizqué, Maxie.

—¿También usted va a decirme que fue un taxista?

—No, no fue un taxista; fue uno de mis pacientes.

—No lo creo. Evelyn me lo hubiera dicho.

—Te lo ocultó porque se trata de un viejo de setenta y seis años, y Evelyn temió que...

—¿Un viejo de setenta y seis años...? —Pestañeó Maxie.

—Sí. Es un vejete muy pícaro. A la hija de su portera la tiene frita. Y no debe ser la única. A Evelyn no se había atrevido nunca a pellizcarla, pero ayer tarde se sintió más audaz y ¡zas!

Maxie entrecerró los ojos.

—Me parece que me está tomando el pelo, doctor Lawford.

—Te juro que es la verdad, Maxie.

—Dígame el nombre y la dirección de ese viejo verde.

—¿Para qué?

—Voy a hacer salchichas con él.

—No sirve, todo son huesos.

—Entonces haré llaveros. Se pagan bastante bien.

—Olvida lo que pasó, Maxie.

—¿Qué lo olvide...?

—El viejo no volverá a pellizcar a Evelyn, te lo prometo.

—Desde luego que no. Yo me encargaré de eso.

—Maxie, tú eres un muchacho muy fuerte. ¿Serías capaz de pegar a un anciano de casi ochenta años, enfermo, además?

—Lo que hizo estuvo muy feo.

—Lo sé. Evelyn se enfureció, y estuvo a punto de darle una bofetada. Pero se contuvo. Los viejos merecen un respeto, aunque sean tan bribones como ése.

Maxie entornó los ojos de nuevo.

—¿Seguro que fue el viejo quien la pellizcó, y no usted, doctor Lawford?

—Yo siempre he respetado y respetaré a Evelyn, Maxie. Sé que te quiere, y el día que le propongas matrimonio, la harás muy feliz, porque está deseando casarse contigo.

Maxie sonrió por primera vez.

—Yo también la quiero mucho, y me gustaría casarme con ella, pero...

—¿Pero?

—Bueno mi sueldo es más bien corto, y me asusta un poco no poder...

—Oh, conque es eso.

—Sí, aunque nunca se lo he dicho a Evelyn. Cuando ella toca el tema del matrimonio, me escabullo hábilmente. Me avergüenza confesar que sólo gano setenta y cinco dólares a la semana.

—Con los setenta y cinco que ganas tú, y los cien que yo le pago a Evelyn, podríais vivir bien, Maxie.

—Es que yo no quiero que ella trabaje, cuando sea mi mujer. Quiero que esté en casa, cuidando de los niños que vayan llegando.

Sheila Glennon intervino:

—Yo puedo ofrecerte un empleo mejor remunerado, Maxie.

—¿De veras?

—Doscientos cincuenta dólares a la semana.

Maxie puso los ojos bizcos.

—¿Dijo doscientos cincuenta pavos...?

—Sí.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer, transportar nitroglicerina o realizar el triple salto mortal sin red bajo la lona de algún circo?

—Nada de eso, sólo protegerme.

—¿Protegerla a usted...?

—Sí.

—¿De quién?

—De todo aquel que intente hacerme daño. Anoche, tres individuos me secuestraron, y el doctor Lawford, que me libró milagrosamente de ellos, teme que el hecho se repita.

—Tranquila, yo impediré que la secuestren de nuevo, señorita —aseguró Maxie, hinchando su amplia caja torácica.

—¿Quieres decir que aceptas el empleo de guardaespaldas, Maxie?

—¡Naturalmente!

—¿No te asusta?

—¿Asustarme...? Yo no sé lo que es el miedo, señorita. Me pego con quien sea, donde sea, y como sea —respondió Maxie, lanzando un par de golpes al aire.

Donald y Sheila rieron.

—¿Cuándo tengo que empezar a trabajar, señorita? —preguntó Maxie, muy contento.

—Mañana por la mañana, a eso de las diez, te espero en mi casa.

—¿Dónde vive usted?

Sheila se lo dijo.

—A las diez en punto me tendrá allí, señorita.

—Muy bien, Maxie.

—Ahora, si me disculpan... Evelyn debe estar esperándome, y quiero darle la gran noticia.

—Se alegrará mucho, Maxie —dijo Donald—. De tu nuevo empleo, y de que ya no desees romperme la cara.

Maxie carraspeó nerviosamente.

—Le ruego que disculpe mi comportamiento, doctor Lawford. Soy un tipo muy celoso, y cuando descubrí el manchón azulado en la nalga de Evelyn, se me llevaron los demonios. Se me fueron hasta las ganas de hacer el amor con ella. ¡Ah! Pero esta noche vamos a recuperar el tiempo que perdimos ayer.

—Eso está bien, Maxie.

—Bueno, me voy, que a lo mejor ustedes quieren hacer lo mismo, y estoy molestando.

—¡Maxie! —exclamó Sheila, enrojeciéndose.

—No he dicho nada, olvídenlo —tosió el novio de Evelyn, y abandonó rápidamente el apartamento.

—Simpático, este Maxie —comentó Donald sentándose de nuevo en el sofá.

Sheila, colorada todavía, se sentó también.

—¿Oyó usted lo que dijo, Donald?

—Sí.

—¿Y lo encuentra gracioso?

—Mucho, porque teniendo en cuenta mi estado físico... —

Donald se cogió la espalda, haciendo una cómica mueca.

Sheila se vio obligada a reír.

—Sí tiene razón. No está usted en condiciones de hacerle el amor a ninguna mujer.

—¿Recuerda lo que estábamos haciendo cuando Maxie llamó?

—Nos besábamos.

—Y tuvimos que dejarlo.

—Maxie fue muy inoportuno.

—Bueno, todavía puede arreglarse —sonrió Donald, rodeando con su brazo la cintura femenina.

Se miraron a los ojos.

Luego, Donald buscó los labios de la hija del millonario, que ya le esperaban entreabiertos, ansiosos, palpitantes.

Este segundo beso fue mucho más ardiente y profundo, y Sheila, obedeciendo a su instinto, se abrazó al médico, pegando sus senos al pecho masculino.

Donald la abrazó a su vez, y la intensidad y el ardor del beso creció.

Pero Donald y Sheila no tenían su noche y cuando más estaban disfrutando los dos del momento, el timbre del apartamento sonó, y no tuvieron más remedio que separar sus bocas.

—Está visto que tú y yo no podemos besarnos a gusto, Sheila —rezongó el médico, tuteando a la muchacha.

—No, ya veo que no —sonrió ella, abrazada todavía a él.

—¿Quién diablos será ahora?

—Iré a ver.

—No, esta vez me toca abrir a mí.

—A ti te duele todo, y a mí no me duele nada, así que abriré yo.

—Oh, ya te atreves a tutearme...

—Después del beso tan enorme que nos hemos dado, sería ridículo seguir llamándonos de usted, ¿no te parece?

—Totalmente de acuerdo.

Sheila le acarició las mejillas.

—Me gustas, Donald.

—¿Más que Roger?

—Sí.

—Me alegro, porque tú a mí también me gustas, Sheila.

—Bésame otra vez, Donald.

—¿Y la persona que llamó?

—Que espere un par de minutos más.

—O que espere tres —sonrió Donald, y unió de nuevo su boca a la de ella.

Algunos segundos después, el timbre volvía a sonar, con más insistencia que antes.

Donald y Sheila se hicieron los sordos, y siguieron besándose con vehemencia, estrechamente abrazados.

La mano de Donald se había deslizado por debajo del blusón, y acariciaba la suave espalda femenina, cuya piel se estremecía bajo el contacto de sus dedos.

Un tercer timbrado, más largo aún que el segundo, los hizo volver a la realidad.

—Luego seguiremos, Donald —sonrió dulcemente Sheila, y se levantó del sofá, pegando una carrerita hacia la puerta.

Abrió.

El corazón de la joven, rebosante de felicidad en aquellos momentos, se paró.

Y no era para menos.

El individuo que había hecho sonar el timbre, un tipo alto y atlético, vestido totalmente de negro, se cubría la cara con una horrible máscara de goma y esgrimía una pistola en la diestra, provista de silenciador.

CAPÍTULO XI

Sheila Glennon hubiera querido gritar, pero la sorpresa la había dejado sin voz.

El enmascarado le propinó un violento empujón y la tiró al suelo, colándose seguidamente en el apartamento, cuya puerta cerró.

Fue rápidamente en busca de Donald Lawford.

—¡Cuidado, Donald! —chilló Sheila, cuyas cuerdas vocales ya funcionaban.

La advertencia llegaba tarde, porque Donald Lawford ya había descubierto al enmascarado.

Éste le apuntó con su arma y comenzó a disparar, desde unos ocho metros de distancia.

Donald, dolorido y todo, brincó del sofá y cayó detrás de éste, quedando momentáneamente a cubierto de las balas, que se incrustaron en el respaldo del mueble.

El enmascarado dejó de disparar y se aproximó al sofá, pero con precaución.

Sheila, que se había puesto en pie, corrió hacia el tipo y saltó audazmente sobre su espalda, montándolo como si fuera un caballo, y le buscó los ojos con los dedos de la mano diestra.

El enmascarado lanzó un aullido, cuando una de las uñas de la muchacha se clavó en su ojo derecho.

Donald asomó ligeramente la cabeza por detrás del sofá.

Al descubrir a Sheila a lomos del enmascarado, y a éste pugnando por desembarazarse de ella, se irguió y corrió hacia el tipo, arrojándose sobre él.

Cayeron los tres al suelo.

Como el enmascarado no perdió su arma, Donald se apresuró a

agarrarle el brazo derecho, para que no pudiera disparar.

El tipo, cegado momentáneamente de un ojo, golpeó al médico con su puño zurdo, en el hígado.

Donald se encogió, dando un rugido de dolor, pero no soltó el brazo del enmascarado.

Éste intentó golpearle de nuevo.

Donald, como no podía utilizar las manos, porque agarraba con ambas el brazo del individuo, le propinó un cabezazo en pleno rostro.

El enmascarado aulló como un coyote ahogando el sordo crujido que produjo su tabique nasal al ser machacado por la frente del médico.

Donald aprovechó aquel momento para tratar de arrebatar la pistola al tipo, cuyo brazo retorció con brusquedad.

El enmascarado dio un grito y soltó el arma, que cayó un metro más allá de donde los dos hombres peleaban.

—¡Apodérate de la pistola, Sheila! —indicó Donald.

La muchacha gateó rápidamente hacia el arma.

El enmascarado, consciente de que las cosas se le ponían feas, logró deshacerse del médico, golpeándole duramente entre los muslos con la rodilla, y se puso en pie de un salto.

Vio que Sheila Glennon ya tomaba su pistola, así que optó por la huida.

Sheila le apuntó.

—¡Alto!... ¡Deténgase o disparo!

El enmascarado no se detuvo.

Sheila apretó el gatillo.

Por dos veces.

Falló.

Era la primera vez que disparaba una pistola, y además estaba terriblemente nerviosa, por lo que hubiese sido milagroso que acertase.

El enmascarado alcanzó la puerta y salió del apartamento como una exhalación.

Sheila bajó el arma y se acercó a Donald, que seguía en el suelo, muy encogido y con la cara arrugada.

—¡El tipo logró escapar, Donald!

—Ya lo he visto —rezongó el médico.

—Soy una pésima tiradora, erré los dos disparos.

—No te preocupes, lo importante es que no logró su objetivo.

—Matarte...

—Sí.

—¿Por qué querría eliminarte?

—Porque logré liberarte, está muy claro. Se quedó sin el millón de dólares del rescate, por mí culpa, y no me lo perdona.

—¿Estás pensando de nuevo en Roger...?

—Naturalmente que estoy pensando en él. ¿Tú no?

La joven no respondió.

—El enmascarado era Roger, Sheila. Te dijo que iba a ausentarse de Sacramento, pero no salió de la ciudad. Ya había decidido liquidarme esta noche. Y casi lo logra.

—Me resisto a creerlo, Donald —musitó la muchacha.

—Te convencerás mañana, cuando veas su cara. Le destrocé la nariz de un cabezazo. Aunque no, no creo que Roger se deje ver en bastantes días. Tendría que explicar cómo se destrozó el tabique nasal, y eso no le conviene.

—Roger un asesino... No me entra en la cabeza, Donald.

—Porque la tienes pequeña. En la mía entra perfectamente.

—¿Te ayudó a levantarte?

—Gracias, pero prefiero seguir en el suelo un rato más, hasta que remita el dolor que siento en...

—¿En el hígado?

—Sí, ahí también me duele. Pero es mucho más terrible el que siento en los genitales. El bastardo de Roger me soltó un rodillazo tremendo, por eso se me escapó.

Sheila se mordió los labios.

—¿Puedo hacer algo, Donald?

—No, esta zona es demasiado íntima.

—No soy una niña, Donald.

—Yo tampoco, ése es el problema.

—Eso suena a chiste.

—Pero es la verdad.

—Muy bien, no insistiré.

—No te enfades, mujer.

—Tú me lo viste todo a mí, anoche, y yo no dije nada.

—Bueno, fue un hecho accidental. Además, yo soy médico, estoy

harto de ver hombres y mujeres desnudos, y no le doy ninguna importancia.

—De acuerdo, no discutamos más. Ya te levantarás cuando te dé la gana.

—Cuando pueda, que no es igual.

—¿Quieres que te ayude o no?

—Sí, ya parece que me duele menos.

—Agárrate de mí cuello.

Donald lo hizo y consiguió ponerse en pie.

Bueno, es un decir.

La verdad es que parecía un garrote vestido de hombre.

Ayudado por Sheila, alcanzó el sofá y se derrumbó en él.

—Gracias, Sheila.

—¿Qué piensas hacer, Donald? —preguntó la joven, sentándose a su lado.

—¿A qué te refieres?

—No puedes quedarte aquí, después de lo sucedido.

—¿Por qué?

—El enmascarado, sea Roger o no lo sea, puede volver.

—No, no lo creo. El factor sorpresa ya no está de su parte, por esta noche. Además debe dolerle demasiado la nariz.

—Te llevaré a mí casa y dormirás allí, como anoche.

—No, yo no me muevo de aquí.

—Donald...

—No insistas, te lo ruego. Voy a dormir en mi apartamento.

—¿Cuántas camas hay?

—Una, la mía. ¿Por qué lo preguntas?

—Me quedo contigo, Donald.

—¿Toda la noche...?

—Sí.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—¿Qué pensarían tus padres?

—Les telefonearé ahora mismo y les contaré lo que ha pasado.

—Diles también que sólo hay una cama.

—Tal y como te encuentras tú, mi virginidad no corre peligro, aunque nos acostemos juntos —sonrió maliciosamente Sheila.

—Puedo sentirme mejor, dentro de unas horas...

—Yo lo celebraría.

—Atrevida.

—¡Eh!, ¿qué estás pensando?

—Has dicho que celebrarías que yo me sintiera mejor, dentro de unas horas.

—Y es verdad, me alegraría mucho. Pero no porque desee que me hagas el amor.

—Qué desilusión.

Sheila Glennon se mordisqueó los labios.

—Bueno, si he de ser sincera sí me gustaría. Pero que me guste, no quiere decir que desee que ocurra. También me hubiera gustado hacer el amor con Roger, y aunque él me lo propuso repetidas veces, siempre me negué. Y no pienses que soy una estrecha, Donald. Es sólo que no apruebo el sexo sin amor. Si yo hubiese querido de verdad a Roger, me hubiese entregado a él sin reservas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Donald Lawford sonrió.

—Te entiendo perfectamente, Sheila, y apruebo tu manera de pensar.

—¿De veras?

—Sí.

—¿No correré peligro, pues, aunque te recuperes a media noche?

—Ninguno, puedes estar tranquila.

—Entonces, me quedo —sonrió Sheila, y le besó en los labios.

Donald le devolvió el beso.

Como la vez anterior, deslizó su mano por debajo del blusón y acarició la desnuda espalda femenina, atreviéndose, después, a acariciar el seno derecho de la muchacha.

Sheila separó un instante sus labios de los de él y lo miró, la mano masculina todavía sobre su pecho, oprimiéndolo con suavidad.

—¿Estoy siendo demasiado atrevido, Sheila? —preguntó Donald.

—No, me gusta —le sonrió ella, con dulzura, y volvió a pegar su boca a la de él.

CAPÍTULO XII

Sheila Glennon telefoneó a su casa e informó a sus padres del intento de asesinato sufrido por Donald Lawford, aunque no les dijo que éste sospechaba de Roger Keaton.

Al escuchar que Sheila había decidido pasar la noche en el apartamento del médico, Stanley Glennon, preocupado, observó:

—¿Y si vuelve el asesino...?

—El doctor Lawford está seguro de que no volverá, papá. De todos modos, pasaremos la cadena de seguridad, por si acaso. Y el doctor Lawford tiene la pistola del asesino, que no dudará en utilizar, si se hace necesario —le tranquilizó la muchacha.

—Sheila...

—No te preocupes, papá. No pasará nada.

—Tu madre dice que...

—¿Qué dice mamá?

—Nada, que ya eres mayorcita, y si has decidido pasar la noche en el apartamento de un hombre, será porque...

Sheila miró a Donald y sonrió.

—Dile a mamá que se tranquilice, papá. Tampoco en ese aspecto sucederá nada. El doctor Lawford está demasiado cansado y dolorido, sólo desea dormir.

—¿Qué dirá Roger, cuando sepa que...?

—Que diga lo que quiera.

—¿No te importa?

—En absoluto.

—Me alegro, hija.

—A ti nunca te ha gustado Roger, ¿verdad?

—Nunca, lo confieso.

—A mí sí, pero ya no.

—Me dan ganas de saltar de alegría.

—Pues hazlo —rió Sheila.

—¿Quién te gusta ahora?

—El doctor Lawford.

—Lo suponía.

—¿Te gusta a ti?

—A mí me gusta tu madre.

—Déjate de bromas —volvió a reír la joven.

—Sólo te diré una cosa, Sheila: no me desagradaría tener un médico en la familia. Y creo que a tu madre tampoco.

—Por mí no va a quedar, os lo aseguro —prometió la muchacha, quien seguidamente se despidió de su padre y colgó el auricular.

—No les has dicho que sólo hay una cama... —observó Donald.

—Pero sí que tú no estás en condiciones de hacerme mujer, ya lo has oído.

—¿Y se han quedado tranquilos?

—Tranquilos... y contentos. Especialmente, mi padre. A él no le gusta Roger, pero tú le caes muy bien.

—¿Y a ti?

—Mucho mejor que a él —sonrió Sheila, y le besó en los labios.

En el frigorífico había algunas cosas, y Sheila Glennon preparó una cena fría, que ella y Donald Lawford hicieron desaparecer en unos minutos.

—Ahora, a la cama —dijo Sheila.

—Lo dices con una ilusión... —observó Donald.

—Es natural, ¿no? Va a ser la primera vez que me acueste con un hombre —sonrió malévolamente la joven.

—Y yo con una mujer a la que no puedo ni debo tocar.

—¿También te duelen las manos?

—Tú sabes a lo que me refiero.

—Vamos, ponte en pie —rió Sheila, cogiéndolo del brazo.

Donald se levantó y caminó hacia su habitación, despacio y encogido, aunque no tanto como cuando se levantara del suelo, minutos después de recibir el brutal rodillazo en los órganos genitales.

—¿Mejor, Donald?

—Un poco, sí.

—Me alegro.

Entraron en la habitación.

—¿Tienes un pijama para mí, Donald? —preguntó Sheila.

—Puedes ponerte el mío, yo no suelo usarlo.

—¿Dónde lo guardas?

—En el cajón superior de la cómoda.

Sheila fue por él.

—Con la chaqueta me conformo —dijo, tomándola.

Donald, que se había sentado en la cama, empezó a desnudarse.

Sheila se sentó en el lado opuesto e hizo lo propio.

La joven acabó antes que el médico y se acostó, con las piernas desnudas y sólo un delicado pantaloncito de encaje, azul, bajo la chaqueta del pijama.

Donald quedó en *slip* y se acostó también, haciendo muecas.

—¿Apago la luz? —preguntó, sin mala intención.

—Lo mismo da. Como no vamos a hacer nada... —sonrió Sheila, con malicia.

—Te divierte la situación, ¿eh? —Gruñó Donald.

—Mucho.

—Pues a mí no me hace ni pizca de gracia.

Sheila se acercó a él y le pasó la mano por el pecho, dulcemente.

—Donald...

—Será mejor que no me pongas nervioso, Sheila.

—No es esa mi intención, te lo aseguro.

—Perdona. Me irrita esta situación, no puedo evitarlo.

—Sólo quería decirte que me estoy enamorando de ti, Donald.

—¿Estás segura?

—Sí.

Donald se volvió hacia ella y la abrazó.

—Yo también me estoy enamorando de ti, Sheila, y me da un poco de miedo.

—¿Por qué?

—La fortuna de tu padre asusta.

—Pues no pienses en ella, piensa sólo en mí.

—Es difícil olvidar que eres la hija de un millonario.

—¿Ni siquiera cuando me besas?

—Sí, cuando te beso me olvido de todo.

—Pues, hale, tómate una ración de amnesia.

—Y va a ser doble.

Unieron sus bocas.

Donald acarició las piernas femeninas, las firmes nalgas, por encima del pantaloncito. Sintió deseos de tirar de él hacia abajo, para acariciar íntimamente a la muchacha, pero se contuvo.

Ni él estaba en condiciones de llevar aquello hasta el final —satisfactoriamente, al menos—, ni Sheila deseaba que llegara, todavía, así que se limitó a acariciar su espalda, su cadera, sus muslos y sus senos, hasta que el sueño le venció, quedando dormido en los cálidos brazos de la muchacha.

Sheila le pasó las yemas de los dedos por los labios, ligeramente entreabiertos.

—Doctor, querido doctor... —susurró, y le besó tiernamente, mientras su mano ascendía en busca del interruptor de la luz.

Lo accionó y la habitación quedó a oscuras.

Cuando Donald Lawford se despertó, Sheila Glennon ya había abandonado la cama, aunque su ropa continuaba sobre la silla.

El rumor de la ducha le indicó que la muchacha se hallaba en el cuarto de baño, y Donald esperó en la cama a que saliera, pues eran poco más de las ocho, y tenía tiempo de sobra.

Encendió un cigarrillo.

Pocos minutos después, la puerta del baño se abría y Sheila salía de él, cubriéndose con la chaqueta del pijama del médico.

—¡Donald! —se alegró al verle despierto.

—Buenos días, Sheila —le sonrió él, aplastando el resto del cigarrillo en el cenicero.

La joven corrió hacia la cama y saltó sobre ella, besando al médico en los labios.

—¿Cómo te sientes esta mañana?

—Mucho mejor, gracias.

—Oh, entonces será mejor que no me acerque demasiado a ti.

—Tú lo has dicho.

—No me asustes, Donald.

—¿Terminaste ya con el baño?

—Sí, es todo tuyo.

—Voy para allá.

—Mientras tanto, prepararé el desayuno.

—Excelente idea —aprobó Donald, saltando de la cama.

Caminó hacia el cuarto de baño, completamente erguido y con

paso seguro, porque era cierto que se hallaba muy recuperado de los golpes sufridos las dos noches anteriores.

Media hora después, salía del baño, duchado y afeitado.

Se vistió y salió de la habitación.

El desayuno ya estaba dispuesto.

Donald y Sheila desayunaron con buen apetito.

Luego, la joven se vistió y abandonaron el apartamento.

Subieron al «Maserati».

Sheila llevó a Donald a su consultorio, y de allí se dirigió a su casa. Faltaban sólo quince minutos para las diez, y quería estar en ella, cuando Maxie, el novio de Evelyn Burnett, se personase en la casa.

Donald Lawford entró en su consultorio.

Le sorprendió no encontrar a Evelyn en la antesala de su despacho médico, pero al ver la puerta de este entornada, dedujo que se hallaría en él, y caminó hacia allí.

—¿Evelyn...? —llamó.

—Estoy aquí, doctor —respondió la joven, con voz un tanto extraña.

Donald empujó la puerta, pero no llegó a penetrar en su despacho.

Se quedó clavado.

Evelyn Burnett no estaba sola.

Roger Keaton se encontraba con ella.

Y empuñaba un revólver de calibre «38», cuyo cañón, al que había sido acoplado un silenciador, apuntaba a la sien derecha de Evelyn, cuya cintura rodeaba con su otro brazo, para que la pálida y aterrada enfermera no pudiera escapar.

CAPÍTULO XIII

—Adelante, doctor Lawford —indicó Roger Keaton, cuyo apéndice nasal daba escalofríos, como consecuencia del cabezazo que el médico le propinara en la cara, la noche anterior.

También su ojo derecho, muy enrojecido, acusaba los efectos de la uña que en él le clavara Sheila Glennon, cuando saltó sobre su espalda de manera audaz.

Donald Lawford no se movió.

—Entre o le vuelo la cabeza a la chica —amenazó Roger, apoyando el arma en la sien de la enfermera.

Evelyn Burnett dejó escapar un débil gemido, al tiempo que se estremecía perceptiblemente.

Donald entró en el despacho.

—Cierre la puerta —indicó Roger.

Donald obedeció.

Roger escrutó el rostro del médico.

—No parece usted demasiado sorprendido de verme, doctor Lawford...

—Y no lo estoy, Roger.

—¿Acaso sospechaba de mí?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

Donald se lo dijo.

—Es usted un tipo muy listo, doctor Lawford.

—Y usted muy torpe, Roger. Si no hubiese intentado asesinarme, nadie hubiera podido demostrar que usted planeó el secuestro de Sheila, y se hubiese salido de rositas.

—Y así pienso salirme, doctor.

—¿Con esa cara...? Lo dudo mucho.

—Diré que tuve un accidente con mi coche, y usted no podrá desmentirme, porque voy a matarle. Y a su enfermera también.

A Evelyn se le escapó otro gemido, y toda ella empezó a temblar.

—Sheila sabe la verdad, Roger —recordó Donald—. ¿También piensa matarla a ella?

—Desde luego.

—Está usted loco.

—Nadie hubiera muerto, si usted no hubiese metido las narices en esto.

—Sus amigos me obligaron a meterlas, Roger. Me llevaron a aquella granja abandonada contra mi voluntad, a punta de pistola.

—Sí, tiene razón. La culpa de todo la tiene Sheila, por haber herido a Perry.

—Se equivoca, Roger. El único culpable es usted, por haber planeado el secuestro de Sheila.

—Necesitaba dinero urgentemente, y ella no se decidía a casarse conmigo. Apuestas, ¿sabe? Debo varios miles de dólares a unos tipos, y me estaban presionando mucho. Me vi obligado a hacerlo.

—¿Y era necesario que sus amigos violasen a Sheila?

—Sí, porque eso haría que a nadie le pareciese extraño que yo rompiese mis relaciones con ella, una vez obtenido el millón de dólares. Era lo que pensaba hacer, para poder disfrutar de todo ese dinero libremente, lejos de Sacramento.

—Lo que yo sospechaba.

Roger Keaton apuntó al médico con su pistola.

—Usted caerá primero, doctor Lawford.

Donald miró a Evelyn.

La joven entendió.

Donald le estaba pidiendo que hiciera algo, para que él tuviera tiempo de intervenir.

Y Evelyn lo hizo.

Hundió su codo en el hígado de Roger.

Éste lanzó un rugido y se encogió, circunstancia que aprovechó la enfermera para aprisionarle el brazo derecho con sus dos manos.

—¡Ahora, doctor! —gritó Evelyn.

Donald ya estaba abriendo su maletín.

En él llevaba la pistola que le arrebatará a Roger la noche

pasada, en su apartamento.

Donald la empuñó velozmente.

Justo en ese instante, Roger lograba desembarazarse de Evelyn, haciéndola caer al suelo.

—¡Arroja el arma, Roger! —ordenó Donald, apuntándole.

Roger no hizo caso, y disparó sobre el médico.

Donald se dejó caer al suelo, esquivando así la bala, y disparó a su vez.

Roger dio un grito y se derrumbó, con un orificio en el pecho, del que ya brotaba la sangre en cantidad.

Donald se irguió y se acercó a él, pero ya nada podía hacer.

Roger Keaton había muerto de manera casi fulminante.

Donald miró a Evelyn de forma significativa.

La joven se abrazó a él.

—¡Ha sido horrible, doctor!

Donald la estrechó cariñosamente.

—Tranquilízate, Evelyn. Ya pasó todo.

—¡No voy a olvidar el día de hoy mientras viva!

—Yo tampoco, Evelyn, yo tampoco... —suspiró Donald, acariciando el suave cabello de su enfermera.

EPÍLOGO

Donald Lawford no desatendió su trabajo, a pesar de lo ocurrido, y cuando el cadáver de Roger Keaton fue retirado por los camilleros, y la policía informada de todo, inició las visitas a sus pacientes.

Por la tarde pasó consulta, como de costumbre, y cuando acabó, Sheila Glennon, que había acudido a su consultorio, acompañada de corpulento Maxie, lo llevó a casa en su coche.

—¿Qué piensas hacer con Maxie? —preguntó Donald a la muchacha, mientras circulaban por las anchas calles de Sacramento —. Ahora ya no necesitas protección...

—Seguirá a mí servicio, pero como chófer —respondió ella.

—¿De veras necesitas un chófer?

—No, pero quiero que Maxie se case con Evelyn, y no podrá hacerlo si le dejo sin empleo.

—Eres maravillosa, Sheila —dijo Donald, y le dio un beso en la mejilla.

Instantes después, Sheila Glennon detenía su «Maserati» frente al apartamento del médico.

—¿Quieres subir? —invitó Donald.

—Qué pregunta más tonta —sonrió la muchacha.

—Te recuerdo que estoy muy recuperado de los golpes.

—Qué bien.

—Esta mañana te asustaba.

—Era broma. Si hubieras intentado hacerme el amor, no te habría rechazado.

—¿Significa eso que me quieres?

—Con locura.

—Sheila... —musitó Donald, buscando sus labios.

Ella le frenó, diciendo:

—Prefiero que nos besemos arriba.

—Sí, tienes razón —sonrió Donald.

Salieron del «Maserati» y subieron rápidamente al apartamento.

Fueron directamente al dormitorio.

Sheila lucía un bonito vestido color violeta, de finos tirantes, que muy pronto yació en el suelo.

Donald se lo había quitado, entre suaves besos y dulces caricias, dejándola solo con su prenda más íntima, blanca, breve y transparente.

Así la tendió en la cama, quedando él en *slip*.

Luego, se echó junto a ella y la besó en la boca, larga y profundamente, mientras sus manos acariciaban sus hombros, sus senos, sus caderas...

Al llegar aquí, Donald tiró del pantaloncito hacia abajo, y Sheila, temblando de placer, le ayudó a despojarla de él, elevando sus caderas unos centímetros.

Donald pudo entonces acariciar el suave vello de su pubis, su virgen intimidad, sin dejar en ningún momento de besar su boca, su cuello, sus pechos, vibrantes de excitación...

Los suspiros y los jadeos de Sheila indicaron a Donald que había llegado el momento de hacerla suya, y con tacto e infinita ternura se colocó sobre ella y la poseyó, lenta y suavemente, causándole un dolor mínimo en aquélla su primera experiencia sexual.

Luego, cataratas de placer obligaron a Sheila a gemir y agitarse bajo el cuerpo del hombre que con tanta delicadeza la había traspasado, hasta alcanzar la cima del gozo y quedar desmadejada, maravillosamente satisfecha.

Donald, que gozó al mismo tiempo que ella, la acarició con mayor ternura aún que antes, si cabe, y susurró:

—Te quiero, Sheila...

—¿Tanto como yo a ti? —preguntó ella, apretando la cara de él contra sus senos.

—Más.

—Eso no es posible.

—Dentro de unos minutos te lo volveré a demostrar.

—¿Tan recuperado estás...?

—No tardarás en comprobarlo.

En efecto, poco tiempo después, Sheila sentía despertar la hombría de Donald, que seguía dentro de ella, y sólo con eso volvió a temblar de placer.

—¡Doctor, querido doctor! —exclamó, y se abrazó con fuerza a él, gozosa y feliz como nunca.

FIN

¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!

BISONTE
Serie Roja

ASEGURE
SU
EJEMPLAR

BISONTE
Serie Azul

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

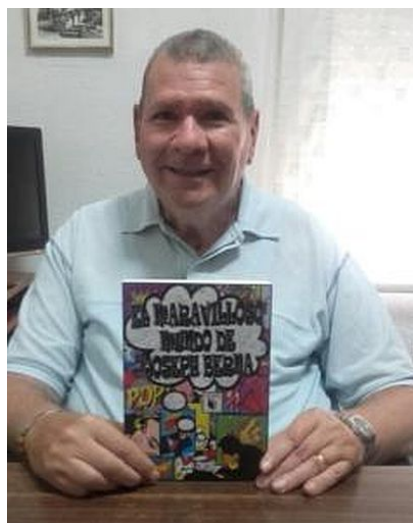
KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».